

CRISTIANDAD

Año XXXII - NUMERO 541

BARCELONA

MARZO 1976

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



SUMARIO

SAN JOSE NUESTRO PADRE Y SEÑOR por F. C. V.

DE COMO FUE PROCLAMADO S. JOSE PATRONO DE LA IGLESIA UNIVERSAL.

DECRETO PARA LA CIUDAD Y PARA TODO EL ORBE

SUPLICA PRESENTADA A LOS PADRES DEL CONCILIO VATICANO I PARA QUE DECLAREN A S. JOSE PATRON DE LA IGLESIA UNIVERSAL de Isidoro Isolantis

SAN JOSE MODELO DE LUCHADOR CONTRA EL COMUNISMO MUNDIAL (Edit. del núm. 72 de CRISTIANDAD)

DECLARACION DE ALEKSANDR SOLZHENITSYN

LA AMENAZA DEL COMUNISMO de Aleksandr Solzhenitsyn

PARA HACER CAER A EUROPA

¿QUE PASA EN VIETNAM?

de Marcel Clement

MEMORIAS DEL CARDENAL MINDSZENTY

LOS DELITOS DEL PENSAMIENTO Y LOS FALSOS IDOLOS INTELECTUALES de la Pastoral del Cardenal Pla Daniel

ANTE LA CRUZ

de Gloria de Rentería

CIEN AÑOS MISIONEROS

de N. Echave

AL MEDIO SIGLO —1917 EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA— SE MANIFIESTA LA GRAN SUBVERSION Y CONTRASTE: LA IDEA FUERZA DE CRISTO REY Luis Creus Vidal
POCO ACADEMICO de L. C. V.

SAN JOSE NUESTRO PADRE Y SEÑOR

«Comencé a hacer devociones de misas y cosas muy aprobadas de Oraciones (que nunca fui amiga de otras devociones que hacen algunas personas, en especial mujeres, con ceremonias que yo no podía sufrir y a ellas les hacía devoción; después se ha dado a entender no convenían, que eran supersticiosas); y tomé por abogado y señor al glorioso San José, y encomendéme mucho a él. Vi claro que así de esta necesidad, como de otras mayores de honra y pérdida de alma, este padre y señor mío me sacó con más bien que yo le sabía pedir. No me acuerdo, hasta ahora, haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado Santo, de los peligros que me ha librado, así de cuerpo como de alma; que a otros santos parece les dio el Señor gracia para socorrer en una necesidad; este glorioso santo tengo experiencia que socorre en todas, y que quiere el Señor darnos a entender que así como le fue sujeto en la tierra, que como tenía nombre de padre siendo ayo, le podía mandar, así en el cielo hace cuanto le pide. Esto han visto otras algunas personas, a quien yo decía se encomendasen a él, también por experiencia; y aún hay muchas que le son devotas de nuevo experimentando esta verdad.» (Santa Teresa de Jesús; Vida, c. VI, 6.)

Los redactores de CRISTIANDAD quieren expresar en estos momentos su plegaria y su entrega confiada al Patriarca y Patrono de la Iglesia, para esperar de su protección todas las cosas.

Que nuestro pueblo se libre de las asechanzas de quienes quieren destruir su fe, su alegría cristiana y su paz. Que la humildad y el espíritu de pobreza, la confianza filial en Dios Padre y la fe en su Palabra, nos salven hoy de la corrupción del materialismo hedonista que nos domina y del que aspira a la conquista del poder político. Que se salve milagrosamente, por el milagro sencillo de la fe cristiana y del sentido común vivificado por aquélla, la fe de los profesores y estudiantes en todos los niveles. Que no se destruya la familia y se renueve la comprensión cristiana del matrimonio y de la fecundidad conyugal. Que los católicos españoles encuentren la unidad y la alegría en la pureza de la fe ortodoxa, bajo una Iglesia jerárquica en la que brille la luz de Cristo no oscurecida por el humo de Satanás.

F. C. V.

ADMINISTRACION: Lauria, 15, 3.º - (10)

Teléfono 317 47 33

Director: Fernando Serrano Misas

DE COMO FUE PROCLAMADO SAN JOSE PATRONO DE LA IGLESIA UNIVERSAL

Si a los contemporáneos del carpintero de Nazaret les hubieran dicho que su vecino José, el esposo de María y padre de Jesús, sería invocado, del uno al otro confín de la tierra, como al primero y más grande de los santos de Israel, muy por encima de Abraham, Isaac y Jacob, de Moisés y de David, y también de todos los que después de la venida del Mesías habían de santificar al pueblo de Dios hasta el fin de los tiempos, considerarían, que quien así les hablaba, se habría vuelto loco; mas, si, insistiendo, les asegurase que al cabo de los siglos así había de ser, quizás llegarán a admitir el hecho como algo totalmente incomprensible para su fe de israelitas, y sólo si era debido a un alto misterio de Dios.

Nosotros que, por la divina misericordia, conocemos mejor que ellos el plan de salvación de los hombres, por la Encarnación, Muerte y Resurrección del Hijo de Dios, tendremos que convenir con aquellos judíos en que la extensión de la devoción y el culto al glorioso Patriarca no ha seguido una lógica humana, y que su esplendoroso desarrollo encierra un misterio.

La forma en que Dios despliega en la historia de los hombres sus designios de salvación nos es en buena parte desconocida, pero así como sabemos que, para preparar el advenimiento del Reino, su providencia reservó derramar las gracias del amor del Corazón de Jesús, para los tiempos en que fueran más necesarias, por haberse enfriado la caridad de muchos; y cómo María Santísima en sus más recientes apariciones nos consuela con el mensaje de esperanza del postrero, pero seguro, triunfo de su Corazón Inmaculado, ¿sería aventurado esperar de la culminación de la devoción de San José en el culto oficial y público de la Iglesia, las bendiciones de una nueva era, y ver en la gloria de su excelso Patrono los albores de esperanza que presagian la pronta llegada del Reino de Cristo?

Personalmente convencido de que la creciente valoración de la figura de San José en la fe y la liturgia de la Iglesia, es un auténtico signo de

los tiempos, cuyo alcance y significado no nos ha sido posible que entrever, pero que las futuras generaciones comprenderán en toda su dimensión, exponemos la historia de su proclamación como Patrono de toda la Iglesia de Dios, hito singular de su gloria, que tuvo lugar hace unos cien años.

Juan XXIII en su Carta Apostólica dirigida al Episcopado y fieles de todo el mundo sobre el culto a San José, observa cómo su figura permaneció durante siglos y siglos en una especie de particular ocultamiento, casi como decorativa en el cuadro de la vida del Salvador; y señala cómo fueron reservadas a la edad moderna las alegrías de su culto y las lecciones de su oración y de su confiado abandono.

Así, en la Iglesia Griega se festejaba desde tiempo muy antiguo al Santo Patriarca en el domingo siguiente a la Navidad, pero en Occidente su culto se retrasó mucho más, y bien puede decirse que fue a partir del Siglo xv cuando tomó decisivo incremento, y principalmente por obra del famoso teólogo de la Universidad de París, Juan Gerson. En el Concilio de Constanza de 1415, el Canciller Gerson propuso a los Padres que tomaran por Patrón a San José en la ardua empresa de terminar con el cisma que dividía a la cristiandad, ya que él era el abogado todopoderoso de la Iglesia, con poder intercesor mayor que el de todos los demás santos.

Un siglo más tarde, en 1514 el dominico Isidoro Isolano profetizaba en forma admirable la importancia excepcional que había de alcanzar el culto a San José con estas palabras»:

«Algún día la Santa Iglesia Romana, considerando la magnitud de lo que Dios ha obrado en San José, permitirá que se venera al Santo pública y solemnemente en la Santa Iglesia, y exhortará en este sentido. Habrá un gran júbilo en la Iglesia militante cuando llegue a ser de conocimiento universal la sublime santidad y dignidad

de San José. El Espíritu Santo no dejará de inflamar los corazones de los creyentes para que veneren y amen al gran santo, y la autoridad eclesiástica dará expresión oficial y solemne a esta devoción, fundando y consagrando en honor suyo conventos, altares e iglesias, celebrando todas sus fiestas y ofreciéndole y rindiéndole a porfía sus votos... Se establecerá en su honor una fiesta singular y extraordinaria, y el Vicario de Cristo en la tierra, movido del Espíritu Santo, mandará que la fiesta del padre putativo de Cristo, Esposo de la Reina de Cristo, y Varón santísimo, se celebre hasta el último confín de la tierra.»

Durante siglos, toda la Iglesia suspiró por la llegada de ese glorioso día profetizado, en que San José sería proclamado como el primero y mayor de los santos, protector y patrono de toda la Iglesia, hasta que el 8 de diciembre de 1870, el Papa de la Inmaculada, Pío IX, secundando unánimes aspiraciones y deseos, de obispos, clero y pueblo cristiano se confiaba el mismo y todos los fieles al poderosísimo patrocinio de San José, y en su consecuencia le declaraba Patrón de la Iglesia Católica.

Los preparativos inmediatos de tan magna proclamación podemos situarlos en la exposición que en 1865 elevaron los fieles de Italia al Sumo Pontífice, suscrita por más de ciento cincuenta mil firmas, entre las que se contaban 26 Arzobispos y Obispos y que comenzaba así:

«Aquella voz con que en 1847 anunciásteis vuestro deseo de que María fuese coronada en la tierra con la mayor gloria posible, hace latir aún, y los hará latir siempre, los corazones de vuestros hijos. Y éstos razonadamente creen que en honor de María debe redundar el honor que se tribute a su castísimo esposo San José.»

Pío IX, que deseaba como el que más la glorificación de San José, esperaba que la hiciera la Iglesia toda reunida en concilio, sabiendo que a ello venían bien dispuestos los padres conciliares, que recibían con gran aceptación las numerosas exposiciones y súplicas que en tal sentido se les enviaba de todo el orbe cristiano. Reunidos en el Concilio, muchos de los padres elevaron un *Postulatum* que decía así:

«Nadie ignora ciertamente que el bienaventurado José haya sido por singular providencia de Dios, elegido entre todas las criaturas para ser el esposo de la Virgen Madre de Dios, y el padre del Verbo Encarnado, no a la verdad padre por la generación, sino por la caridad, por la adopción, por el derecho del matrimonio. Por esto es llamado muchas veces padre de Cristo, no solamente en los Sagrados Evangelios, y por la misma Virgen María, sino que leemos además que Nuestro Señor Jesucristo durante su mortal vida, se dignó estarle humildemente sumiso como a padre.

»Considerando seriamente estas razones, los infrascriptos prelados, y conociendo muy bien por otra parte, que en nuestros días se ha enardecido en todo el orbe el deseo de que se dé el auge que le es debido al culto público que se tributa a San José, ruegan con encarecimiento y fervorosamente instan, que el sacrosanto ecuménico Sínodo Vaticano, movido de tantos y tan ardientes votos, determine solemnemente con su autoridad:

1.º »Que así como EL BIENAVENTURADO JOSÉ, o sea el PADRE de Cristo ha sido ensalzado tanto más sobre las criaturas, cuanto goza de un nombre que ninguna de ellas ha tenido, de igual modo se le tribute a él en adelante, por la Congregación de los sagrados Ritos, un público culto de Dulía en la Iglesia Católica y en la sagrada liturgia, que sea inmediato después del de la bienaventurada Madre de Dios, y superior al de todos los santos.

2.º »Que el propio San José, a quien Dios confió la tutela de la Sagrada Familia, sea tenido después del de la muy bienaventurada Virgen, como primario Patrón de toda la Iglesia.»

Firmaban este *Postulatum* treinta y siete cardenales, entre los que figuraban el cardenal vicario de su Santidad, los cardenales obispos de las diócesis subvicarias de Roma, los ministros y secretarios de Estado del Soberano Pontífice, los Presidentes del Concilio Vaticano, y los presidentes o prefectos de las Congregaciones eclesiásti-

cas. Entre ellos figuraban también los dos únicos cardenales que entonces tenía España, el Arzobispo de Sevilla, don Luis de la Lastra, y el de Valladolid, don Juan Ignacio Moreno. Igualmente al pie de estas firmas iban continuadas doscientas dieciséis de esclarecidos patriarcas, primados, arzobispos y obispos del mundo católico.

Algunos de ellos presentaron además pequeñas enmiendas al *Postulatum* solicitando mayores y más distinguidos honores en obsequio de San José. Así, no satisfecho con los honores que los demás pedían para el Santo, el Arzobispo de Granada don Benito Monzón y Martín solicitaba que en las fiestas de la muy bienaventurada Virgen María, inmediatamente después de la oración del día, se hiciera conmemoración de su esposo San José, y que en correspondencia, en las fiestas de San José se hiciese también conmemoración de la Santísima Virgen, su esposa, terminando así su exposición:

«Estrechísimamente unidos estuvieron siempre en Cristo Jesús, María y José; que aparezcan por tanto unidos siempre en la Iglesia de Dios, y que no separe el hombre aquellos a quienes Dios ha unido.»

El Obispo de Urgel, don José Caixal y Estradé escribió al pie del escrito lo siguiente:

«Pido que en la Letanía sea antepuesto a todos los demás santos y ángeles, de modo que después de haber invocado a la muy bienaventurada Virgen María se diga: San José, rogad por nosotros. Esposo de la Bienaventurada Virgen María, rogad por nosotros. Santos Padres de Jesucristo, rogad por nosotros.»

Los prelados generales de las Ordenes regulares creyeron que éstas debían formular aparte su petición, y así colectivamente, y en nombre y representación de sus respectivos súbditos suscribieron nuevo *Postulatum*, que comenzaba diciendo:

«Los infraescritos, en nombre propio, y en el de las familias de Regulares, las cuales presidimos, humilde y encarecidamente rogamos al sacrosanto ecuménico Sínodo, que para mayor gloria de Dios, honor de la Santísima Virgen, Madre divina, y amparo y consuelo de todos los fieles de Cristo, quiera solemnemente declarar, constituir y decretar por medio de una constitución conciliar, al Santo Patriarca José, padre nutricio de Nuestro Señor Jesucristo, y esposo de la misma siempre Virgen María, por eximio y primario Patrón de la Iglesia universal.»

Una aspiración tan unánime como la que conmovía al mundo católico en honor de San José, unida al ardiente deseo de Pío IX, parecía que no podía dejar de obtener el esperado y feliz resultado, pero los planes de Dios eran distintos, y cuando el Concilio se proponía a abordar el estudio de la gloria del Santo Patriarca, tuvo que ser suspendido. Roma era víctima de inicua usurpación y el Vicario de Cristo se hallaba prisionero en el Vaticano, mientras el odio de la Revolución se extendía por todas partes. Pero el Papa no se amilanó, y considerando que en esta difícil circunstancia era más necesaria que nunca la protección de la Iglesia y de todos los hombres por quien había salvado a Jesús de la iniquidad y del odio de los enemigos de su tiempo, vio en José el áncora de salvación y de esperanza para el mundo, y ya que no podía ser glorificado por el concilio, por haberse dispersado, decidió hacerlo él como cabeza de la Iglesia y Vicario de Cristo.

Y así, en el día que conmemoraba la fecha más excelsa de su pontificado, aquella en que definió como dogma de fe la antes piadosa creencia de la Inmaculada Concepción de María, consciente de la grandeza e importancia del acto que iba a celebrar, el 8 de diciembre de 1870, dieciséis años después de aquella famosa fecha, puso solemnemente a toda la Iglesia bajo el patronato de San José, mediante este documento:

DECRETO PARA LA CIUDAD Y PARA TODO EL ORBE

«Así como Dios había constituido gobernador de toda la tierra a José, hijo del patriarca Jacob, al fin de guardar el trigo para el pueblo, de la misma manera, llegada ya la plenitud de los tiempos en que debía enviar a la tierra a su unigénito Hijo para la salvación del mundo, escogió otro José, de quien el primero había sido figura, y le hizo príncipe y señor de su casa y posesión y custodio de sus principales tesoros, puesto que él estuvo desposado con la Inmaculada Virgen María, que por virtud del Espíritu Santo dio a luz a Nuestro Señor Jesucristo, quien se dignó pasar entre los hombres por hijo de José y estarle sujeto. Así es que este afortunado José, no solamente vio, sino que habló familiarmente, abrazó y besó con afecto de padre, a Aquel a quien muchos reyes y profetas habían deseado ver; y con amorosa solicitud alimentó al mismo que el pueblo fiel había de recibir para alcanzar la vida eterna, como pan bajado del cielo. Por razón de esta sublime dignidad que Dios confiere a este su fidelísimo siervo, la Iglesia ha tributado siempre a José los primeros honores y alabanzas después de los que se deben a la Madre de Dios, la Virgen su Esposa, así como ha acudido a su valimiento en los trabajos y angustias. Mas como en nuestros tristísimos días esta misma Iglesia perseguida de todas partes por sus enemigos, se halla agobiada bajo tan graves calamidades, que a juicio de los impíos las puertas del infierno van por momentos a prevalecer contra ella, por esto los venerables Obispos de todo el Orbe católico presentaron al Soberano Pontífice sus ruegos, y los de los fieles confiados a su solicitud pastoral, con los que le suplicaban se dignase declarar a San José Patrón de la Iglesia católica. Posteriormente, habiendo sido renovadas estas mismas súplicas y votos con la ocasión del sacrosanto ecuménico Concilio Vaticano, conmovido nuestro santísimo Padre el Papa Pío IX por los recientes y lamentables acontecimientos, ha determinado secundar las aspiraciones y los deseos de los Prelados, para confiarse de este modo a sí mismo y a todos los fieles al poderosísimo patrocinio de San José, y en su consecuencia le ha solemnemente declarado PATRON DE LA IGLESIA CATOLICA, mandando que se celebrara en adelante su fiesta, que cae el 19 de marzo, con rito doble de primera clase, aunque sin octava, por razón de la Cuaresma. Ha dispuesto además que se publicara esta declaración por el presente decreto de la Sagrada Congregación de Ritos, en este día consagrado a la Inmaculada Virgen Madre de Dios, y Esposa del castísimo San José. No pudiendo servir de obstáculo ninguna cosa en contrario. — Día 8 de diciembre de 1870. — C. obispo de Ostia y Velletri, cardenal Patrizi, prefecto de la S. C. de R. — Lugar del sello. — D. Bartolini, secretario de la S. C. de R.»

De las diferentes peticiones elevadas al Concilio Vaticano, pidiendo se declarase a San José Patrono de la Iglesia Universal, publicamos fragmentos de una súplica fechada en Verona en 1870, y que hemos seleccionado por su sólido fundamento teológico y su íntima inspiración poética.

SUPLICA PRESENTADA A LOS PADRES DEL CONCILIO VATICANO I PARA QUE DECLAREN A SAN JOSE, PATRON DE LA IGLESIA UNIVERSAL

Benedicid, oh pueblos, a San José, si queréis veros colmados de bendiciones. — Isidoro de Isolanis, Summa de donis, S. Joseph. Parte 3.ª, c. IV.

Dice Benedicto XIV en su inmortal obra *De Servorum Dei beatificatione* (1): «En las actuales calamidades de la Iglesia dése al glorioso San José el honor y culto que le falta, inscribiendo su nombre en las Letanías mayores, esperando firmemente que el mismo que Isidoro de Isolanis en su *Tratado III, capítulo 8.º*, llama Patrón de la Iglesia militante, con su valimiento nos alcanzará del Señor la paz de la Iglesia, y la extirpación de las herejías». Estas pocas palabras de tan grande escritor bastan, si no me engaño, para probar que ni es absurdo ni desdice de la dignidad de la Iglesia católica, ni del santo patriarca José, que en el Ecuménico Concilio Vaticano, el fiel Custodio y Padre de Jesucristo sea igualmente aclamado Patrón de todo el orbe cristiano.

(...)

... con la mayor brevedad y concisión propondremos tres cuestiones; 1.ª Conviene que el sacrosanto Concilio Vaticano declare con solemne y perpetuo decreto a San José Patrón de la Iglesia universal y de todos los reinos cristianos.

Verdaderamente nos parece fuera de toda duda, que habiendo sido San José en este valle de miserias Custodio fidelísimo del Señor, y guarda

muy celoso de María soberana Reina, no es mucho que ahora que está coronado de gloria, y cubierto de luz como un vestido; ahora que los ejércitos de los espíritus bienaventurados y todo el coro de los justos celebran sus triunfos, admiran su exaltación, y confiesan sus incomparables merecimientos, sea Patrón, ayo y custodio de la Iglesia, esposa de Jesucristo, e hija de nuestra tierna Madre la Virgen santísima.

El custodio de la Vid séalo también de los sarmientos; el Custodio del Pastor séalo también de las ovejas; el Custodio del Primogénito, séalo también de sus hermanos; el Custodio del Camino de la Verdad y de la Vida, séalo también de los que andan por este Camino, de los que buscan esta Verdad, de los que de veras apeteecen esta Vida; el Custodio del Maestro, séalo también de los discípulos; el Custodio del Hijo del Hombre, séalo también de los que suben y bajan (2); el Custodio del Esposo séalo también de la esposa. Y nadie tema que falte a este celestial Custodio ninguna prenda de las que se necesitan para tal ministerio; es pródigo, vigilante; Dios le dio con exceso y sin medida la sabiduría y la prudencia, y una grandeza de ánimo que puede compararse a la arena que está en la orilla del mar (3). Por

1. Libro IV, parte 2.ª, XX, n.º 58.

2. Juan, I, 51.

3. Libro III de los Reyes, IV, 29.

consiguiente, el que guardó la piedra, guarde también la Iglesia que la tiene por cimiento; el que guardó al Príncipe de la Paz; guarde también su principado, que descansa sobre su hombro; el que guardó el Monte, guarde también la casa de Dios, que está edificada en su cumbre para que acudan a ella todas las gentes (4); el que guardó el Sacerdote y la Víctima, guarde también el templo, que es santo, que es obra de Dios, que es estructura de Dios, en el cual, desde el Oriente al Ocaso se ofrece al mismo Señor una Hostia pura e inmaculada; el que guardó la Luz para ser revelada a los gentiles y al pueblo de Israel (5), guarde también a las naciones a quienes andando antes en las tinieblas se les apareció esta Luz, y estando sentados en las sombras de la muerte vino ya hace tiempo a alumbrarlos (6); el que guardó al Obispo de nuestras almas, al Apóstol y Pontífice de nuestra confesión, guarde también su obispado; esto es, al linaje escogido, al sacerdocio real, gente santa, pueblo de adquisición, que ha alcanzado la inmensa misericordia de Dios (7).

Ni tampoco es muy necesario que nos esforcemos ni cansemos en sacar y amontonar argumentos de la Escritura y tradición para manifestar la oportunidad y conveniencia del asunto que nos ocupa. Pues que la misma Iglesia católica, si no con toda claridad y expresamente, al menos de un modo implícito, parece que haya juzgado digno a nuestro santo Patriarca del honor de este supremo patronato. *Señor de la casa de Dios y Príncipe de toda su posesión*, le llama en el día de su fiesta: y ¿quién ignora que la casa de Dios es la misma Iglesia, como lo dice el profeta Isaías?, y que la posesión de Jesucristo son todos los reinos de la tierra, diciendo el santo rey David: *Pídeme y te daré por herencia todas las gentes, y tu posesión llegará hasta el extremo del mundo. De donde se ve que no nos excedemos, ni traspasamos los límites de la justicia y de la verdad, cuando pedimos que se declare a San José Patrón de la Iglesia universal y de todos los reinos cristianos, pues que la Iglesia desde mucho tiempo viene llamándole Señor y amo de la casa de Dios, y Príncipe de toda su herencia, dictados que reve-*

lan mucho mayor honor, grandeza y poder, que los de Patrón, protector y custodio. Otro argumento puede sacarse de la liturgia de la Iglesia romana: en el día de su fiesta nos recuerda la historia del antiguo Patriarca José, hijo de Jacob y virrey de Egipto, y la acomoda con mucha propiedad y gracia a nuestro José, proponiéndonos a aquél como figura de éste. Ahora preguntamos: ¿dónde están los puntos de contacto entre uno y otro patriarca, en que el hijo de Raquel fue figura del esposo de María? En cuanto a nosotros no alcanzamos otra razón, sino que así como el primero fue superintendente de Egipto para proveer las necesidades de la nación, así la divina Providencia destinó a nuestro santo Patriarca para alivio del pueblo cristiano, que de continuo gime y llora en el Egipto de las tribulaciones de este mundo. Si no es así no descubrimos fuerza ni sentido en el acomodaticio que usa la Iglesia, lo que no puede decirse sin nota de temeridad; pero al contrario, el significado de esta figura o alegoría es muy obvio y fundado. Faraón es como figura de Cristo en cuanto venera a José como a Padre, diciendo el sagrado texto: *el cual me hizo como padre de Faraón y señor de toda su casa* (8), José, el hijo de Raquel, es figura de nuestro José, así como el reino de Egipto figura el reino espiritual predicho por Daniel: *Mas en los días de aquellos reinos, el Dios del cielo suscitará otro que no tendrá fin*. Consta, pues, por el testimonio de la Iglesia, que Jesucristo constituyó a San José vicario y lugarteniente de todo su principado, diciéndole, como había dicho Faraón: *¿Por ventura podré hallar otro más sabio y semejante a ti? tú serás el príncipe y mayordomo de mi casa, y al imperio de tu voz obedecerá todo el pueblo: solamente te precederé en el trono* (9). Confiados, por lo tanto, en estos argumentos y razones, nos atrevemos a suplicar a los Padres del sacrosanto Concilio Vaticano, que decreten de un modo terminante, claro y explícito en obsequio de San José, virrey del pueblo cristiano, este honor y culto que la misma Iglesia le da desde mucho tiempo de un modo indirecto, oculto e implícito.

4. Isaías, II, 2.

5. Lucas, II, 32.

6. Isaías, IX, 2.

7. Epístola I de S. Pedro, II, 9 y 10.

8 y 9. Génesis, XLI, 39, 40.

SAN JOSE, MODELO DE LUCHADOR CONTRA EL COMUNISMO ATEO MUNDIAL

«Y para asegurar la "paz de Cristo en el Reino de Cristo", por todos tan deseada, ponemos la gran acción de la Iglesia Católica contra el comunismo ateo mundial bajo la égida del poderoso protector de la Iglesia San José.» (Pío XI, Enc. «Divini Redemptoris».)

La gran acción de la Iglesia Católica contra el comunismo mundial se desarrolla desde el 19 de marzo de 1937 bajo la protección del manso y humilde carpintero de Nazareth.

Y nos preguntamos hoy: ¿A qué puede obedecer esta indignación de la Iglesia? Porque, ¿no podría parecer tal vez más lógico que para tal acción se hubiera buscado a un protector más bélico, San Jorge, San Mauricio o Sebastián?

Y por otra parte, ¿qué relación puede tener la vida de San José con la lucha anticomunista? ¿Cómo un Santo que no realizó ninguna gesta de las llamadas heroicas y cuya vida transcurrió ignorada de sus propios conciudadanos, puede tener valor especial para los católicos de hoy enzarzados en la tremenda batalla contra el comunismo?

Nos parece interesante contestar a algunos de estos interrogantes en estas fechas en las que la Iglesia celebra, a la par que la festividad de San José, el décimo aniversario de la Encíclica «Divini Redemptoris».

* * *

Es obligación de los Estados luchar contra el comunismo ateo y algunos lo han hecho así efectivamente, empleando en la contienda toda la fuerza de su maquinaria estatal: organización policíaca, ejército, diplomacia...

El Estado debe combatir al comunismo por imperativo de su obligación de procurar el bien común de sus súbditos, cuidando de no infringir en sus métodos represivos los dictados del derecho natural y procurando que cuando su acción coercitiva recaiga sobre hombres, los órganos de la Administración pública los traten como a auténticas personas humanas, con derechos inalienables anteriores y superiores al Estado y con un destino eterno merecedor del trato y consideración de hijos de Dios y hermanos nuestros.

El anticomunismo no justifica toda actuación estatal y a este respecto debemos recordar que en las proposiciones condenadas en el «Syllabus» en sus epígrafes 39, 56 y 59, se basan todos los

desafueros que el Estado comete sobre la persona humana al reprimir su actividad.

Dichas proposiciones son las siguientes: «El Estado como origen y fuente que es de todos los derechos, tiene derecho sin límites.» «Las leyes de las costumbres no necesitan sanción divina, ni en manera alguna es menester que las leyes humanas sean conformes al Derecho Natural, ni que de Dios reciban la fuerza de obligar.» «El Derecho consiste en el hecho natural y todos los hechos humanos tienen fuerza de Derecho.»

Aun cuando ofrezca el mayor interés el estudiar cual debiera ser la conducta del Estado en la lucha anticomunista a la luz de las enseñanzas pontificias, no obstante no pretendemos ahora realizar este estudio y al objeto que ahora perseguimos bastarán por lo que hace al Estado y la acción anticomunista los párrafos anteriores.

La acción del Estado por sí sola no puede terminar con el comunismo. Ni los más poderosos ejércitos ni la más organizada policía pueden con sus exclusivos medios, detener el avance comunista.

Bien claro lo dijo S. S. Pío XI: «Querer obtener el fin (la derrota del comunismo) con medios puramente económicos o políticos, es quedar a merced de un error peligroso», porque «ni la fuerza aún la mejor organizada, ni los ideales terrenos, por más grandes y nobles que sean, pueden dominar un movimiento que tiene sus raíces precisamente en la demasiada estima de los bienes de la tierra.» (Enc. «Divini Redemptoris.»)

Es decir —y llegamos con ello a la médula del presente «Editorial»— que las armas contra el comunismo debemos forjárnoslas nosotros mismos, para ser con ellas asimismo nosotros quienes asestemos los más contundentes golpes.

Si en el pecho de los ciudadanos anida el rencor, la envidia, el orgullo o el amor desmedido a los placeres y riquezas, bien poca eficacia surtirán las medidas que unos gobernantes conscientes de su responsabilidad puedan adoptar para combatir al comunismo, que por el contrario se verá fomentado por los que dada su posición social son blanco de las miradas de las clases más en peligro de incidir en el comunismo.

Y es que ha ocurrido que el actuar valiente de un Estado en la brecha anticomunista ha inducido a muchos individuos a la errónea creencia de que ya a ellos no les correspondía luchar, inhibiéndose del combate.

Contrariamente a todo ello, es absolutamente necesario para el exterminio del comunismo, que sea cada individuo el que actúe. Buen número de páginas de la Encíclica contra el comunismo ateo se dirigen a enseñar acerca de cómo debe actuar el católico.

En esta lucha deben esgrimirse armas muy distintas de las que a primera vista podrían ser preconizadas. Para combatir al enemigo exterior es preciso revestirse interiormente de fortaleza y ello será únicamente posible cultivando el sobrenaturalismo cristiano.

Y por lo que respecta al comunista, alejemos de nosotros el odio a su persona, pero —y esto no se hará nunca bastante— quitémosle pretextos o razones para su odio a la sociedad, viviendo como verdaderos cristianos.

No es en el terreno de la ametralladora o del campo de concentración que debe plantearse la lucha contra el comunismo, sino en el del perfec-

cionamiento de nuestra persona, volviendo a una vida más modesta, renunciando a los placeres, olvidándonos de nosotros mismos, desprendiéndonos de nuestras riquezas.

* * *

Es precisamente cuando se eleva el nivel del anticomunismo hasta este plano superior, cuando nos damos cuenta de que el Santo Carpintero de Nazareth tiene algo que ver en la lucha con el comunismo. Porque el orgullo y el materialismo no han de ser vencidos sino por la humildad y la fe. No es superior al sanguinario comunista el anticomunista igualmente agresivo, obsesionado por el odio e idénticamente materializado. Y la victoria sólo corresponderá en esta lucha al mejor. San José es el modelo cabal del verdadero anticomunista, del Hombre que por sus virtudes está llamado a derrotar al comunismo ateo mundial.

¡San José, varón de fe, justo, humilde, desprendido de las riquezas! ¡Qué bien comprendemos ahora el profundo significado de tu designación como Patrono de la lucha anticomunista!



DECLARACIONES DE ALEKSANDR SOLZHENITSYN

Reproducimos las declaraciones del «Premio Nobel ruso» aparecido recientemente en el semanario francés «Le Point» y en «ABC» de Madrid.

«Si ellos me matan, autentificarán todo lo que he escrito. Si no me matan, proseguiré contando la historia de mi país, y millones de hombres conocerán la verdad..., puesto que la verdad es una tempestad. Voy a decir cuál es mi fuerza: yo no soy un personaje político, no soy más que un escritor. Las maniobras pueden quedar frustradas, las ambiciones rotas, las palabras no pueden ser amordazadas.»

«Yo no soy un especialista de Occidente. Hace tan sólo dos años que observo su interior. Puedo escoger: callarme o hablar. Pero he elegido de una vez por todas decir aquello que es verdad. El mundo occidental llega a un momento decisivo. Se va a jugar en los próximos años la existencia de la civilización que ha creado. Y pienso que no es consciente de ello. No me fundo en la crisis económica que sufre, puesto que es capaz de superarla. Tampoco en la crisis política. Me apoyaré sobre la que es necesario calificar de crisis espiritual. Tenéis la impresión de que las democracias pueden durar. Las democracias son islas perdidas en el inmenso río de la Historia. El agua sube. Las leyes históricas más simples juegan contra las sociedades democráticas. Pero esta evidencia no se hunde en vuestros ojos.»

«Habéis olvidado el sentido de la libertad. La libertad desemboca sobre la virtud y el heroísmo. El tiempo ha erosionado vuestra noción de libertad. Habéis conservado la palabra y fabricado otra noción; una pequeña libertad, que no es sino una caricatura de la grande; una libertad sin obligación y sin responsabilidad, que acaba, todo lo más, en el goce de los bienes. De hecho, sé que todo depende de vosotros: de este pequeño trozo de Europa occidental que teme que le falte el petróleo; de esa inmensa América, que no acaba de meditar sobre sí misma. El comunismo no es un fenómeno ruso. Se ha implantado en Rusia y se ha servido en Rusia. Mañana también puede implantarse entre vosotros y servirse de vosotros. Todo depende, misteriosamente, de la resolución individual de cada uno. Jamás el porvenir del planeta ha dependido tanto de tan pocos hombres. Creo que la primera regla para todo el mundo es no aceptar la mentira; en nosotros y en vosotros. Decir la verdad es hacer que renazca la libertad, sin tener en cuenta presiones, intereses o modas. Decir aquello que se sabe, ser auténtico, y repetirlo. Y si algunos se alzan de hombros, repetirlo de nuevo. Y poner la voluntad y la inteligencia al servicio de la verdad.»

LA AMENAZA DEL COMUNISMO

Conferencia pronunciada por Aleksandr Solzhenitsyn el 9 de julio de 1974 en Nueva York.

¿Podrán los sufridos transmitir su experiencia a los que van a sufrir? ¿Puede una parte de la humanidad aprender de las amargas vicisitudes de la otra? ¿Será posible advertir a alguien del peligro que corre?

¿Cuántos testigos de esta situación han pasado a Occidente en los sesenta años últimos? ¿Cuántos millones de seres humanos? Ustedes los conocen: si no por su desconcierto espiritual o por sus penas, al menos por sus acentos, por su apariencia. Varias oleadas de emigrantes, procedentes de diferentes países, les han puesto al tanto de lo que allí ocurre. Pero ven ustedes sus gallardos rascacielos que apuntan hacia el cielo y se dicen: Eso nunca ocurrirá aquí. Eso no lo veremos jamás.

Pero sí, puede ocurrir. Es posible que suceda. Como señala un proverbio ruso: «Cuando te ocurra a ti, sabrás que es verdad».

¿Tendremos que esperar hasta que sintamos el cuchillo en la garganta? ¿No nos daremos cuenta del peligro que amenaza con engullir al mundo entero? A mí me engulleron. He estado en el vientre al rojo vivo del dragón. Pero no pudo digerirme. Me arrojó. Y ahora vengo a dar testimonio ante ustedes de lo que allí pasa.

El comunismo se autodescribe sin trabas desde hace 125 años. Esto es inaudito. El mundo entero lee sus autodescripciones, pero, no sé por qué, nadie quiere comprender qué es realmente ese sistema. El comunismo resulta tan burdo cuando intenta explicar la sociedad y el individuo, como un cirujano que tratara de hacer una delicada operación con una cuchilla de carnicero. Las sutilezas de la psicología y las de la estructura social (que son aún más delicadas) quedan reducidas a toscos procesos económicos. Y así la criatura humana, el hombre, queda rebajada a materia.

Nunca ha ocultado el comunismo que rechaza los conceptos éticos absolutos. Hace escarnio de las indisputables categorías del «bien» y del «mal» pues considera que la moral es relativa. Conforme a este concepto, y según las circunstancias,

cualquier acto, incluso matar a miles de personas, podría ser bueno o malo. Depende de la ideología de clase, definida por unos cuantos individuos. En este sentido, el comunismo ha tenido un gran éxito. Actualmente, muchas personas profesan esta idea. Se considera ridículo emplear en serio los calificativos «bueno» o «malo». Pero si nos priva de esos conceptos, ¿qué nos quedará? Hundirnos en la condición de animales.

Pero lo más sorprendente es que, aparte de todos los libros que publica, el sistema comunista ha ofrecido muchísimos ejemplos al hombre moderno. Los carros de combate han rodado con estruendo por Budapest y por Checoslovaquia. Los comunistas han levantado el muro de Berlín y durante catorce años han ametrallado a los que querían atravesarlo. ¿Ha convencido esa muralla a alguien? No. Pensamos que aquí nunca se erigirá un muro berlinés. Y que los tanques invasores de Budapest y de Praga jamás hollarán este suelo. En los países comunistas se ha implantado un sistema de curas forzosas en manicomios, donde tres veces al día los médicos hacen su ronda e inyectan en los internados sustancias destructoras del cerebro. ¡Y eso no debe importarnos! Aquí seguiremos viviendo en paz y tranquilidad.

Lo peor del sistema comunista es su unidad, su cohesión. Las aparentes diferencias entre los partidos comunistas del mundo son imaginarias. Todos están unidos en un punto: *Vuestro orden social debe ser destruido.*

Todos los partidos comunistas, al llegar al poder, se vuelven implacables, pero en la etapa previa a la dominación adoptan diversos disfraces. Hablan de «frente popular» o de «diálogo con la cristiandad». ¿Entablan los comunistas un diálogo con los cristianos? En la Unión Soviética éste fue muy sencillo; utilizaron ametralladoras. Y en agosto pasado, en Portugal, los comunistas dispararon contra los católicos desarmados. ¿Es esto dialogar? Los comunistas franceses e italianos afirman que dialogarán; dejémosles que tomen el poder y ya veremos cómo lo hacen.

Mientras en la Unión Soviética, en China y

en otros países comunistas no haya límite en el empleo de la violencia, ¿cómo pueden ustedes considerarse seguros o en paz? Comprendo que amen la libertad, pero en nuestro mundo superpoblado tienen que pagar un tributo por ella. No pueden querer libertad sólo para ustedes y aceptar callados que la mayoría de la humanidad esté sometida a la violencia y a la opresión.

La ideología comunista consiste en destruir la sociedad que ustedes representan. Tal ha sido su designio durante 125 años, y nunca ha cambiado; sólo se han transformado los métodos. Cuando hay distensión, coexistencia pacífica y comercio, ellos siguen insistiendo: ¡La guerra ideológica debe continuar! ¿Y qué es realmente la guerra ideológica? Un foco de odio; una incesante renovación del juramento de destruir a Occidente.

Creo entender la posición de ustedes; resulta natural que la gente próspera no comprenda fácilmente lo necesario que es prepararse (ahora mismo) para la defensa. Cuando los estadistas norteamericanos firman un tratado con la Unión Soviética o con China, ustedes creen que se cumplirá. Pero los polacos, que en 1921 firmaron con los comunistas un tratado en Riga, también querían creer que ese acuerdo se cumpliría; fueron apuñalados por la espalda. Estonia, Letonia y Lituania firmaron pactos de amistad con la Unión Soviética y querían creer que se respetarían. Pero estos países fueron devorados.

Y al mismo tiempo, los que ahora pactan con ustedes, confinan a los disidentes en hospitales psiquiátricos y en prisiones. ¿Por qué habrían de ser diferentes? ¿Les tienen acaso algún afecto? ¿Por qué razón obrarían de un modo verdaderamente honorable con ustedes cuando aplastan a su propio pueblo? Los abogados de la distensión nunca lo han explicado.

Ustedes quieren creerles y reducen los efectivos de sus ejércitos. Además, disminuyen sus investigaciones. Hace poco clausuraron el Instituto para el Estudio de la Unión Soviética (el último centro que en realidad podía estudiar a esta sociedad) por falta de fondos para seguir sufragando sus gastos. Pero la Unión Soviética sí los estudia a ustedes: los rusos están al tanto de lo que sucede en las instituciones norteamericanas. Visitan las comisiones del Congreso; lo estudian todo.

El principal argumento de los partidarios de la distensión es que resulta indispensable para evitar la guerra nuclear. Pero creo que puedo tran-

quilizarles: no estallará esa clase de contienda. ¿Por qué habría de estallar, cuando vemos que durante los treinta años últimos los comunistas han arrancado a Occidente todo lo que les ha venido en gana, pedazo a pedazo? Tan sólo en 1975 se apoderaron de tres países en Indochina.

Los teóricos de su país dicen: «Los Estados Unidos disponen ahora de suficientes armas nucleares para destruir a la otra mitad del mundo. ¿Para qué queremos más?» Por mucho que los especialistas nucleares norteamericanos razonen así, los dirigentes de la Unión Soviética tienen otros puntos de vista. En las conversaciones SALT, su oponente les está engañando continuamente. O hacen con el radar pruebas prohibidas explícitamente en el acuerdo; o violan todas las limitaciones respecto al tamaño de los proyectiles; o pasan por alto las restricciones respecto de las ojivas nucleares múltiples.

Antes no había comparación entre el poderío de la URSS y el de ustedes. Ahora la fuerza de ellos es superior. Dentro de poco la proporción será de dos a uno. Después, de cinco a uno. Con una superioridad nuclear de tal magnitud, podrán impedirles utilizar las armas, y una infausta mañana les anunciarán: «¡Atención! Nuestras tropas avanzarán por Europa y, si ustedes hacen el menor movimiento, les aniquilaremos». Y esa proporción de dos a uno o de cinco a uno surtirá su efecto. Ustedes no se moverán.

Además de la grave situación política por la que atraviesa el mundo actualmente, nos acercamos a una encrucijada en la historia de la civilización, sólo comparable con el momento en que terminó la edad media y empezó la edad moderna: un cambio de civilización. Es el punto en que empieza a tambalearse y acaso a derrumbarse la escala de valores que hemos respetado toda nuestra vida.

Las dos crisis (la política y la espiritual) ocurren simultáneamente. Es nuestra generación la que tendrá que enfrentarse a ellas. Los dirigentes norteamericanos deberán soportar una carga más pesada que nunca. Sus estadistas necesitarán intuición profunda, previsión espiritual, grandes cualidades intelectuales y anímicas. Dios quiera que tengan ustedes en el timón a personajes tan egregios como los que fundaron su país.

Aquellos hombres nunca se apartaron de sus convicciones éticas. No tomaron a broma la validez absoluta de los conceptos del «bien» y del «mal». Su política se guiaba por una brújula mo-

ral. Nunca dijeron: «Que la esclavitud reine en la casa vecina. Nosotros aceptaremos la distensión y esa esclavitud mientras no nos afecte directamente».

He viajado lo suficiente por este país para estar convencido de que el corazón de los Estados Unidos es saludable, fuerte y de amplias miras. Y al contemplar la vida libre e independiente de esta nación, todos los peligros a los que me he referido parecen imaginarios; en sus vastos espacios incluso yo me contagio de optimismo. Pero esta vida despreocupada no puede continuar aquí ni en mi país. Asistimos ahora mismo a la exacerbación de un mal mundial, del odio a la humanidad, que está empeñado en destruir esta sociedad. ¿Esperarán ustedes hasta que llegue con un ariete de demoler sus fronteras?

En la Unión Soviética nacemos esclavos. Ustedes nacieron libres. ¿Por qué entonces ayudan a nuestros esclavistas? Cuando empiecen a enterrarnos en vida, por favor, no envíen palas a nuestros sepultureros. ¡Por favor, no les manden el equipo más moderno de excavadoras!

La existencia de nuestros amos, desde el comienzo hasta el fin, depende de la ayuda económica occidental. Lo que ellos solicitan a ustedes les es absolutamente indispensable. La economía soviética es bien ineficaz. Lo que aquí hacen unas cuantas con unas cuantas máquinas, en nuestro país lo ejecutan muchedumbres de trabajadores y muchas toneladas de maquinaria. Por tanto, la economía soviética no puede enfrentarse a la vez a todos los problemas: la guerra, la exploración espacial, la industria pesada, la industria ligera y, al mismo tiempo, alimentar y vestir al pueblo. Las fuerzas de toda la economía soviética están concentradas en la guerra, en lo que ustedes no les ayudarán. Pero todo lo necesario para alimentar al pueblo o para la industria lo obtienen de aquí, de esta nación que está ayudando al estado policíaco soviético.

Nuestro país recibe su ayuda, pero en las escuelas y en los periódicos proclaman: «Miren el mundo occidental, que empieza a pudrirse. El capitalismo está agonizando. Ya está muerto. Y nuestra economía socialista ha demostrado de una vez para siempre el triunfo del comunismo».

Creo que por fin debemos permitir a la economía socialista que pruebe su superioridad. Permítasle que demuestre sus adelantos, que es omnipotente, que está a la par de la norteamericana. No intervengamos en ella; dejemos de venderles y de concederles empréstitos. Que se sostenga sobre sus pies durante diez o quince años. Entonces veremos su verdadero rostro.

Puedo anticiparles cómo será. Tendrá que reducir sus preparativos militares. Habrá de abandonar su inútil esfuerzo de exploración espacial. Se verá obligada a alimentar y a vestir a su propio pueblo. Y el sistema tendrá que suavizarse.

La guerra fría —la guerra del odio— sigue su curso, pero sólo atizada en el bando comunista. ¿En qué consiste? En maniobras de engaño. Ellos comercian con ustedes, firman tratados y acuerdos, pero siguen burlándose; siguen maldiciéndoles. En lo más profundo de la Unión Soviética la guerra fría no ha cesado ni un segundo. No dejan de llamarles «los imperialistas norteamericanos» ¿Acaso deseo incitarles a que reanuden la guerra fría? ¡Dios no lo quiera! Entonces, ¿qué pretendo? Lo único que les pido es que suspendan su ayuda a la economía soviética.

En la antigüedad, el comercio comenzaba con la reunión de dos personas que se presentaban desarmadas una ante la otra. Como prueba de ello cada una extendía la mano abierta. Tal fue el origen del apretón de manos. En el mundo de hoy «distensión» significa una disminución de la hostilidad. Pero yo diría que lo que necesitamos es más bien esa imagen de la mano abierta.

Las relaciones entre la Unión Soviética y los Estados Unidos deberían ser tales que no hubiese engaño en cuanto a armamentos; que no hubiese campos de concentración ni hospitales psiquiátricos para gente sana. Las relaciones deberían ser tales que se pusiera fin a la incesante guerra ideológica emprendida contra ustedes, y que un discurso como el que ahora concluyo no fuese en ningún modo una excepción. Podrían venir a esta tierra personas procedentes de la Unión Soviética, y de otros países comunistas, y decirles la verdad de cuanto ocurre allí. Sería una era en la cual se pudiera extender con toda sinceridad «la mano abierta».

PARA HACER CAER A EUROPA

La estrategia soviética es prudente. Jamás atrae la atención sobre sus verdaderos objetivos.

Predica la paz en Helsinki.

Apacigua a los comunistas portugueses.

Permite a Georges Marchais denunciar la dictadura del proletariado.

Pero continúa lentamente concentrando en las fronteras de la Europa Occidental el ejército más poderoso de la historia.

Tiende a cortar el Africa Austral en dos.

Esta conquista es buen camino.

Para hacer posible la caída de Rodesia, y luego Africa del Sur, cuenta con la guerra que acaba de promover en Mozambique contra este país mientras los países de Occidente se aplican con notable obstinación en aislar, sancionar y sofocar los dos países de que depende su propio destino

Si Rodesia cae, Africa del Sur será directamen-

te entregada a las infiltraciones revolucionarias por todas sus fronteras.

No se puede imaginar la clase de guerra ideológica, económica o convencional que podrá provocar entonces la estrategia soviética.

Sin embargo, el pasado muestra suficientemente que las posibilidades son numerosas.

Si el Africa del Sur cae, los soviéticos controlarán la ruta del petróleo a todo lo largo del Océano Índico y del Océano Atlántico.

Entonces se habrá hecho con Europa. Se ha visto en 1973-1974 lo que podía hacer el chantaje con las entregas parciales de petróleo.

Puede imaginarse lo que sería si pudiera hacer el chantaje sobre toda la entrega de petróleo a Europa. Una simple huelga general bastaría para llevar al poder a Georges Marchais en Francia, a Cunhal en Portugal, y a otros.

Gracias a los gobiernos comunistas.

Luego la reeducación empezaría.

La conquista soviética de Europa pasa por Africa

Al mismo tiempo que en Angola, la URSS se implanta cada vez más sólidamente en la Argelia progresista a fin de tener el dominio del Mediterráneo, y en la Somalia de Siad Barré a fin de controlar el Mar Rojo y, en gran parte, el Océano Índico.

Desde mediados de 1971, el Presidente Siad declaró que la Unión Soviética era la primera proveedora de Somalia. Él había conquistado el poder por un golpe de estado el año anterior. Luego, con una ayuda masiva en aprovisionamientos, en aviones y armas proporcionadas por la URSS a Somalia. Los ingenieros soviéticos han profundizado y ampliado el puerto de Barberá, realización de la que se beneficia más la flota rusa que la propia Somalia. Por otra parte, los servicios de información y de intervención soviéticos tienen en este país una actividad considerable y multiforme.

En esta perspectiva se puede comprender la prisa por tomar como rehenes los niños franceses de Djibouti. Los soviéticos decidieron mandarlos a Francia para reemplazarlos por revolucionarios locales.

Desde entonces hasta ahora, Zaire, cuña entre Angola, Uganda (verdadero arsenal soviético), la Tanzania socialista y Mozambique, acaba de capitular ante las nuevas exigencias del gobierno de Angola. El ejercicio del presidente Mobutu no es un cerrojo de seguridad ante una invasión cubana procedente de Angola. Por otra parte, en estas regiones del mundo los golpes de estado se producen con frecuencia y apenas llaman la atención. Basta para apaciguar la opinión mundial decir que una dictadura ha sido derribada.

MARCEL CLEMENT
(*L'Homme Nouveau*, 7-3-76)

MEMORIAS DEL CARDENAL MINDSZENTY

El comunismo no tiene una estructura ideológica sencilla, sino, por el contrario, muy compleja. Importantes factores de este movimiento son los siguientes: ideología, organización del partido y fidelidad. Viene a ser una especie de religión —obviamente en sentido negativo— con sus dogmas y su organización jerárquica. A continuación se pasa a exponer brevemente y de manera muy resumida los principales aspectos de su ideología.

La materia aparece así como única realidad, presente desde el principio y que estará presente de una manera eterna. A partir de la materia se efectuó el desarrollo del mundo, de las plantas, de los animales. Al final de dicha evolución se encuentra el hombre. La concepción que del mundo tienen los comunistas no reconoce la existencia de Dios, ni la de una alma inmortal. La materia posee el ser en sí misma y no precisa creador. El orden y la congruencia presentes en el mundo es el inevitable resultado de una evolución dialéctica y no la obra de un «espíritu» cualquiera. Este desarrollo culmina forzosamente en un nivel superior, está fundamentado en la intensidad dialéctica que surge de las contradicciones inherentes en la materia. Con el atributo «dialéctico» deslindan los comunistas su materialismo del denominado «materialismo mecánico» de los enciclopedistas del siglo XVIII. Según las antiguas teorías, el universo y en él la vida y el hombre, se habían desarrollado mediante lentas metamorfosis, tanto en cantidad como en espacio, de las partículas de materia. En contraposición a las teorías mecánicas de los deterministas, indican los marxistas que a la materia también le corresponde energía además de expansión. Este movimiento constante propicia la materia al desarro-

llo y la metamorfosis. En los estratos más inferiores aparece tan sólo la energía química y física, cuya diferenciación es origen de la vida. En un estrato más elevado, es portadora de la conciencia. Las nuevas escaleras existenciales, como la vida y la conciencia, no están determinadas por transformaciones, sino que originariamente arrancan del momento propicio en que la transformación cuantitativa se troca repentinamente en una transformación cualitativa. A la pregunta de qué manera tratan de fundamentar los comunistas su materialismo dialéctico, no tardará en aparecer la respuesta de que consideran muchas de sus afirmaciones como dogmas que no necesitan prueba alguna. Creen, además, que estos principios están ampliamente demostrados por las ciencias naturales. Pero no evidencian grandes rigores en este aspecto, sino que ponen como ejemplo numerosos aspectos que pueden probarse por medios químicos, así como el agua se transforma, por ejemplo, en vapor al entrar en ebullición.

La táctica del halago o el engaño comunista

La práctica de un siglo hace que los propagandistas conozcan los anhelos y ensueños de los humanos y sepan tenerlos en cuenta en su propaganda. Prometen a los obreros la nacionalización de las empresas y a los trabajadores agrícolas la partición de los latifundios. Organizan y propagan ayudas sociales para los oprimidos y los insatisfechos. En todas las capas sociales se encuentran personas de corazón prestas a ponerse en favor de los pobres y los menesterosos y desear un orden humano más justo. Estas gentes no tardan en convertirse las más veces en peones de los comunistas. Su colaboración proporciona al

movimiento marxista un beneficio propagandístico. No son pocas las ocasiones que se ganan a estos simpatizantes con vacías promisiones sobre la igualdad de todos los humanos, la erradicación del dolor, la constitución del Estado, del bienestar y la existencia de una sociedad sin clases en un mundo libre. Precisamente por tal causa, la ideología comunista sólo puede obtener sus resultados allá donde se han resquebrajado los fundamentos religiosos de un pueblo y donde la razón, la fe en Dios y la moral oponen una insuficiente resistencia a semejantes ideas.

En los círculos cristianos pueden tomar pie las doctrinas marxistas cuando la religión ha perdido fuerza en la existencia social. Es suficientemente conocido el hecho de que los humanos han perdido seguridad en su comprensión del mundo y buscan nuevos fundamentos que justifiquen la existencia. En tales casos, el marxismo aparece como un camino de salvación porque el ser humano que se siente inseguro, que duda, encuentra en el materialismo dialéctico respuesta a los problemas que la religión y la metafísica entienden como misterios, y por tanto, no ofrecen respuesta para ellos. El comunismo encuentra menos posibilidades en una nación firmemente enraizada en su fe y son mucho menores las probabilidades de que pueda alcanzar sus objetivos.

Escalada ilegal del partido comunista al poder

Tras haber diezmado el Partido de los Pequeños Propietarios, los comunistas dominaban el Consejo Nacional. Les fue así relativamente fácil conseguir la aprobación de una nueva ley electoral, el 25 de junio de 1947. Preparó esta ley el ministro del Interior, de obediencia comunista y no era en definitiva más que una maniobra preparatoria de las elecciones para el Consejo Nacional que tenían que celebrarse el 31 de agosto. Se organizaron las elecciones porque los comunistas, que habían conseguido una posición de poder hasta entonces ilegal, deseaban dar por lo menos una apariencia de legalización. Su anhelo era alcanzar con rapidez el objetivo hacia el que se movían; implantar el comunismo según el modelo soviético. La nueva ley electoral exigía una nueva exposición de las listas de votantes. Al efectuar la expedición de los certificados de votantes, operación «vigilada» por el ministro del Interior, fueron omitidos de manera masiva los nombres de aquellos ciudadanos de los que se sabía que el

partido marxista no podía contar con sus simpatías. Cerca de un millón de personas quedaron así excluidas de las listas. Se les robó, lisa y llanamente, su derecho al voto. Entre los afectados se encontraban muchos sacerdotes, religiosos y religiosas. Inmediatamente antes de la convocatoria de elecciones fue disuelto el «partido liberal», que se había consolidado y organizado en todo el país, durante el invierno y la primavera, con gran éxito, mientras estaba en pleno curso la crisis del Partido de los Pequeños Propietarios. Masas entusiastas se adhirieron por doquier a este partido. Los investigadores de la opinión pública le calculaban una victoria por lo menos de un 60 a un 75 % de las elecciones para el Consejo Nacional. Los propios obispos se inclinaban a recomendar a sus fieles el apoyo al Partido de la Libertad, que así se denominaba la formación liberal. La popularidad de este partido quedó suficientemente demostrada por el hecho de que su periódico «Holnap» hubiera alcanzado una tirada de 300.000 ejemplares. Un día, el personal de talleres se negó, por inspiración de los sindicatos, a confeccionar el órgano del Partido de la Libertad. Aquello representaba una amenaza mortal para el Partido. Su representante, el miembro del Consejo Nacional, Dezso Sulvov, protestó sin éxito. A pesar de la ola de indignación que agitó al país, los comunistas exigieron de Sulvov bajo tremendas amenazas, la disolución del partido antes de la convocatoria de nuevas elecciones. Pero ni él ni los restantes dirigentes del partido estaban dispuestos a ceder ante aquellas exigencias. Pasó así la policía al ataque —como había ocurrido en el caso del Partido de los Pequeños Propietarios— y comenzaron las detenciones de personas inocentes. Para impedir que prosiguieran aquellas detenciones masivas y las obstrucciones parlamentarias que preveía, Dezso Sulvok terminó por disolver el partido; los comunistas consiguieron así sus objetivos.

Cuando esto hubo ocurrido, los comunistas hicieron gala de una táctica refinada y cuidaron que en vez del Partido de la Libertad, pudieran tomar parte en las elecciones otros seis partidos de la oposición. Cuatro de ellos tenían un programa ideológico concorde con los principios cristianos. El comandante en jefe ruso concedió —en contradicción con su actitud de dos años antes— el permiso a quien lo solicitara para la fundación del correspondiente partido y su participación en las elecciones. Conocí casos de quienes

fueron obligados, contra su voluntad, a fundar un partido. De esta manera prepararon los comunistas la dispersión de los votos de la oposición. Al mismo tiempo, los partidos marxistas se unieron, bajo la inspiración de los comunistas, en una coalición electoral. Sabían perfectamente los círculos dirigentes que a pesar de aquellas intrigas y a la situación de fuerza imperante, no podían conseguir una mayoría absoluta, por lo que presionaron incluso sobre el Partido de los Pequeños Campesinos para su ingreso en aquella coalición. Los cuatro partidos que formaban el gobierno (el comunista, el social-demócrata, el Partido Nacional Campesino y el de los Pequeños Propietarios) fundaron así el «Frente Húngaro Independiente».

Poco antes de que terminara el período electoral, los comunistas aminoraron sus ataques a la religión hasta cesar por completo en ellos. Llegaron inclusive a presentar ante la opinión pública a la Iglesia y la religión con los más benévolo rasgos. No solamente en sus asambleas, sino en sus propios periódicos subrayaron que la reforma agraria había afectado a muchos bienes eclesiásticos y que a manera de compensación, los comunistas se habían esforzado en la reconstrucción de muchos edificios religiosos, tanto escuelas como templos y casas parroquiales. Destacaron asimismo que las campanas robadas por los fascistas habían vuelto a sus torres y campanarios gracias a los esfuerzos de los dirigentes del Partido. Aquel mismo día, un reportero sacó una fotografía de Rakosi estrechando la mano de un párroco católico. La fotografía fue difundida por todo el país en forma de postal. Tenía que ser símbolo del buen entendimiento entre la Iglesia y el Partido Comunista.

También ocurrió que para desorientar a los fieles, se incluyeron sacerdotes, sin su conocimiento y aceptación, en las listas de candidatos de los partidos marxistas. Para engañar a las gentes, el gobierno permitió aquel año que se celebrara la procesión con la Santa Diestra de San Esteban; incluido el embajador de los soviéticos expresó el día de San Esteban sus felicitaciones a la nación húngara. Llegó luego el 31 de agosto, día de la farsa electoral. Las gentes, irritadas, quisieron manifestar inicialmente su protesta con la abstención. Pero merced a nuestro llamamiento, una gran parte de los fieles acudieron a las urnas y dieron sus votos a los partidos de la oposición. Considerábamos como especialmente necesaria

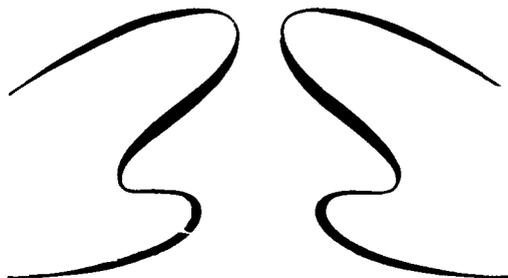
esta participación, puesto que solamente así, en aquel momento de confusión e intrigas políticas, podía expresarse lo siguiente: que la nación no estaba dispuesta a introducir de manera voluntaria el comunismo. La nueva ley electoral disponía que aquellos que tuvieran derecho a voto y estuvieran en posesión de la tarjeta electoral emitida por las autoridades correspondientes, pudieran ejercerlo incluso fuera de su lugar habitual de residencia. Esta innovación encajaba perfectamente con los planes de los comunistas. Sus partidarios se dedicaban durante todo el día a recorrer con gran actividad los diversos colegios electorales y emitieron su voto en distintas circunscripciones. Desde las horas tempranas de la mañana a las últimas de la tarde, en grupos de cuarenta o cincuenta, disfrazados de «excursionistas» y a bordo de camiones y autocares, fueron de lugar en lugar, para emitir su voto en circunscripciones especialmente escogidas. En el caso de que algún componente de las mesas electorales manifestara su protesta por aquel proceder, aparecía inmediatamente la policía política y con su presencia hacía posible las ilegales emisiones de votos. Tales prácticas y la utilización de las tarjetas de votación falsificadas por el ministerio del Interior, proporcionaron a los comunistas varios centenares de votos falsos. Además, los representantes de la policía política dedicados al escrutinio cuidaban de que los resultados finales fueran favorables a las esperanzas de los comunistas. Cuando, por ejemplo, debido a la acción de los electores «volantes», no coincidía el número de votos aparecido en la urna con el de las listas de votantes inscritos, se anulaban los votos de la operación para proceder a la llamada «legalización», eliminando de esta manera la posibilidad de que los votos opositoristas alcanzaran la mayoría.

Al publicarse los resultados, fueron éstos: de cinco millones de votos, el 22 % correspondía al partido comunista; los cuatro partidos gubernamentales habían obtenido el 60 %, desglosados de esta manera: 22 % los comunistas; 14 % los socialdemócratas; 9 %, el Partido Nacional Campesino y el 15 % Partido de los Pequeños Propietarios. Los partidos marxistas (entre los que había incluir el de los Pequeños Propietarios) disponían así conjuntamente de más del 55 % de los sufragios. Todo ello a pesar de las acciones ilegales cometidas por los comunistas y que habían suscitado en todo el país una ola de irrita-

ción. Se efectuaron en algunos lugares investigaciones sobre el falseamiento de los resultados electorales que acrecentaron el malestar, incluso entre los partidos que formaban parte de la coalición. La jefatura del más significado de los partidos de oposición, el Partido Húngaro Independiente, exigió la anulación de las elecciones. Los comunistas respondieron con la acusación a los independientes de haber falsificado las firmas en las propuestas de sus candidaturas en numerosas circunscripciones electorales. Esta acusación se apoyaba en la nueva ley electoral. Esta prescribía la recogida de firmas por los partidos de nueva fundación. En el caso de que uno de estos nuevos partidos quisiera proponer un candidato para una circunscripción, solamente podía hacerlo mediante solicitud escrita de los votantes. Quinientos miembros de la policía estatal fueron empleados en comprobar la autenticidad de las firmas en las listas de solicitud del partido objeto de la acusación. Y como no podía por menos que es-

perarse, se «descubrieron» nada menos que once mil firmas «falsificadas». Fundamentándose en los resultados de esta investigación policial, los cuatro partidos de la coalición gubernamental solicitaron del tribunal electoral la declaración de nulidad para los mandatos obtenidos por el Partido Húngaro Independiente. El referido tribunal electoral era asimismo un «obsequio» de la nueva ley electoral; no estaba formado por jueces independientes, sino por delegados de los partidos. Y su composición correspondía a la del Parlamento. De esta manera, también allá gozaban los partidos gubernamentales de una mayoría del sesenta por ciento. No sorprendió a nadie, por tanto, que el tribunal accediera a los deseos de los comunistas y anulara cuatro mandatos de otros tantos diputados del Partido Húngaro Independiente.

De esta manera, la Asamblea Nacional quedó convertida en dócil instrumento de los dictados comunistas.



INTENCIONES DEL APOSTOLADO DE LA ORACION

ABRIL

GENERAL: *Por todos los que buscan la verdad.*

MISIONAL: *Que se amplíe el diálogo entre la Iglesia y las grandes religiones de Asia.*

Los delitos del pensamiento y los falsos ídolos intelectuales

Fragmentos de la Carta Pastoral del Cardenal Pla y Daniel del 8 de mayo de 1938.

«Nos, Doctor, D. Enrique Pla y Daniel, por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica Obispo de Salamanca, al clero y fieles de la diócesis:

«Carísimos hijos en Cristo: ...ante una tragedia de las proporciones de la española, espectáculo para todo el mundo, que formará época en la Historia, ¿vamos a contentarnos, cayendo en una miopía imperdonable, con fijarnos sólo en las causas y en los ejecutores inmediatos, sin inquirir las causas lejanas, las raíces del mal ni los primeros y mayores responsables; y lo que sería todavía peor, conservaremos para éstos un respeto idolátrico inmerecido y funestísimo?

La visión de tanta sangre derramada, de tanta devastación y ruina, los dolores y punzadas en el corazón que todos los buenos españoles, aun los no combatientes, hemos sufrido y estamos sufriendo, ¿no exigen que se piense, se hable y se obre con verdad, sinceridad y dignidad, que se arrumben los tópicos destituidos de fundamento y se quemén, si es necesario, los falsos ídolos cuyo culto ha acarreado tan inconmensurables estragos?

Tiranía de las doctrinas corruptoras

El comunismo es el hijo directo del liberalismo proclamado por la revolución francesa de 1789. Libertad absoluta de pensamiento, de palabra y de prensa. La afirmación de que el pensamiento no delinque. Idolatría fetichista de los llamados intelectuales, aun cuando sus producciones científicas o literarias produjeren la desmoralización, la subversión social o la anarquía. Estos han sido los postulados del pasado siglo y del primer tercio del presente en la gobernación de muchos pueblos y también en nuestra España. El «SYLLABUS», de Pío IX, al condenar las libertades de perdición; las serenas y luminosísimas encíclicas de León XIII, la «AETERNI PATRIS», que muestra cómo los males sociales y políticos provienen originariamente de los sistemas erróneos filosófi-

cos; la Encíclica «LIBERTAS», que reconociendo en la libertad un don preciadísimo de la naturaleza humana, condena, sin embargo, la desenfrenada libertad de prensa y de enseñanza, por ser las doctrinas corruptoras la peste más fatal para el espíritu y los pecados de un ingenio licencioso y desbordado, una verdadera opresión para la multitud imperita; todas estas enseñanzas eran reputadas estrecheces de un espíritu intransigente; y enfrente de ellas se afirmaba que el pensamiento no delinque, que a las manifestaciones del pensamiento y a su propaganda no había que poner freno alguno, que los intelectuales, los escritores, los periodistas, sólo por el hecho de serlo merecían siempre respeto e inmunidad, cualquiera fuese el uso que hiciesen de sus dotes naturales, de su profesión, de los medios tan variados en nuestros días de la difusión del pensamiento. Error funestísimo, loco fetichismo que estamos pagando con torrentes de sangre.

Pecados del entendimiento e ignorancia culpable

En el hombre el entendimiento es luz y visión, pero la voluntad es fuerza e imperio; y por ello la voluntad tiene su imperio sobre el mismo entendimiento. El talento, la mayor o menor agudeza y penetración intelectual, es un don recibido de Dios; la fructificación del talento, la aplicación al estudio, la labor intelectual, se debe a la voluntad. ¡Cuántos talentos rápidos y agudos por falta de trabajo nada han aportado al acervo de la cultura humana! Ni aun se crea que la voluntad influye sólo en el entendimiento, aplicándolo o no a su ejercicio, al estudio. Su influjo es mucho más íntimo. En la vida sensitiva del hombre, muchos fenómenos escapan a la voluntad, pero otros, el uso de los sentidos, los movimientos locales, están regidos por la voluntad. De manera análoga, en la vida de la inteligencia, en el conocimiento de los primeros principios o de verdades matemáticas que se presentan al entendimiento con evidencia perfecta, ningún influjo tiene la vo-

luntad; más la adhesión del entendimiento a las verdades que tienen evidencia suficiente, pero al fin imperfecta, depende de la voluntad. Son libres muchos actos del entendimiento; y por ello hay pecados del entendimiento y errores culpables, como la misma ignorancia puede ser también culpable o inculpable, según dependa o no de una culpabilidad falta de investigación o aplicación al estudio.

EL CONCILIO VATICANO I definió que el acto de la fe es libre (Cap. 3. De fide, can. 5), y por ello puede ser meritorio. ¿Por qué es libre? Porque no es evidencia perfecta la evidencia de los motivos de credibilidad para dar fe a los misterios revelados. Tenemos suficientes argumentos para no dudar prudentemente ni del hecho de la revelación ni de la existencia de Dios revelante; pero no tenemos tal evidencia que nos sea imposible entregarnos a dudas imprudentes, que por ser imprudentes son culpables; y por ello el mismo CONCILIO VATICANO I definió también que un católico (otra cosa puede acaecer en uno que nunca lo haya sido) nunca puede tener justa causa para dudar de la fe (Cap. 3. De fide, can. 6). Los herejes o incrédulos, que son, a la vez apóstatas de la fe, siempre son culpables en su apostasía...

El politeísmo idolátrico puede tal vez darse sin pecado en algunos infieles; pero el ateísmo positivo siempre es pecado, siempre procede del corazón, aunque radique en el entendimiento. Por ello dijo el Salmista: «Dijo el necio en su corazón: No hay Dios» (Psalm. XIII, 1). Del corazón sensual y corrompido, avariento y orgulloso, suben las nubes que ofuscan el entendimiento para que llegue a dudar de la misma existencia de Dios y aun a afirmar que no existe, aun cuando una verdadera certeza de que no existe nunca la puede tener en paz el entendimiento del hombre, porque no puede deshacer la fuerza de los argumentos que pregonan la existencia de Dios Creador y Supremo Juez.

HAY PECADOS, POR TANTO, DEL ENTENDIMIENTO, como hay pecados de la carne, aun cuando el pecado esté siempre en la voluntad, porque sin libertad responsable no hay pecado.

Del fetichismo del libro y de los intelectuales, a los delitos de cátedra y prensa

¡El fetichismo del libro, de los intelectuales!
¿Podrán medirse los estragos que ha causado, so-

bre todo desde fines del siglo XVIII, el no querer distinguir entre libros buenos y malos y dar beligerancia a cuanto se presente en tipos de imprenta? Esta ha sido la tesis del liberalismo; pero DONOSO CORTES, inficionado en su juventud de los errores del mismo, pudo luego escribir en su Ensayo sobre el catolicismo, liberalismo y socialismo, libro que no destaca por su precisión y exactitud de lenguaje filosófico y telógico, pero fulgurante de visiones proféticas: «Si hay una verdad demostrada, esa verdad consiste en afirmar que la escuela liberal no ha hecho otra cosa sino asentar las premisas que van a las consecuencias socialistas».

En nuestros mismos recuerdos personales nunca podremos olvidar dos hechos. En 1909, en nuestra ciudad natal, denunciábamos, no anónimamente sino en artículo firmado, las doctrinas anárquicas y disolventes que en todos los libros de texto de cuarenta escuelas modernas de Ferrer se estaban enseñando en la Ciudad Condal. Nuestra denuncia cayó en el vacío ante el dogma liberal de castigar sólo los hechos y dejar libre la difusión y propaganda a toda suerte de doctrinas. Unos meses después los incendios de la llamada Semana Trágica sacaban las consecuencias de tales enseñanzas toleradas por el criterio liberal.

En 1928 y 1929 quedábamos asombrados al ver cómo en plena dictadura militar circulaba impunemente y se publicaba edición tras edición el «CATECISMO SOCIALISTA», en el cual se atacaba y ridiculizaba, no sólo a la religión, sino a los poderes del Estado, a la Magistratura y al mismo Ejército. Como se hiciera gran propaganda de este Catecismo en una población de nuestra antigua diócesis de Avila, donde veraneaba uno de los más destacados jefes del socialismo español, denunciarnos el hecho, por medio de la más alta jerarquía eclesiástica española, ante los altos poderes del Estado, sin que conociésemos remedio alguno. La paz no estaba alterada en la superficie; pero dos años más tarde los votos socialistas eran un potente factor para derrocar un régimen multiseccular, y un quinquenio después, el bienio comunista rojo inundaba en sangre una gran parte de España, y en sus primeros meses aquella misma villa, cuyas calles habíamos visto alfombradas por proclamas socialistas.

Ante la apocalíptica hecatombe de la España roja es hora, ciertamente, de reconocer con evidencia meridiana que si en el fuero interno y ante Dios hay errores culpables, hay pecados del

entendimiento, hay apostasías responsables, en el fuero externo y civil hay también delitos de cátedra y delitos de prensa, y que la labor del intelectual, del profesor y del periodista que siempre debiera ser labor de cultura y de moralización, es en algunos casos labor verdaderamente criminal, subversiva del Estado, corruptora de la juventud y envenenadora del pueblo.

Deber de combatir la violencia ideológica

Debe acabar la idolatría del intelectual sólo por serlo y el fetichismo del libro, cualquiera que sea su contenido. ¡Cuán tremenda es la responsabilidad en la actual tragedia de España de muchos profesores de Universidad, que no ya solamente en orden doctrinal, lo cual ya es muy condenable, sino aun en el del proselitismo político, fomentaron la revolución entre la juventud! ¿Quién envenenó más eficazmente el alma de gran parte del pueblo que los periódicos antirreligiosos, sectarios y demagógicos? ¿Qué frutos se podía esperar de la siembra de ediciones populares, sumamente económicas, de libros y folletos antirreligiosos, inmorales y pornográficos, socialistas, comunistas y anarquistas que antes y después de 1931 se ha hecho en toda España, y que hoy en la zona roja es casi la única producción literaria sumamente intensificada? En un Estado comunista o socializante es lógico que se fomenten tales doctrinas y tales propagandas. Lo que resulta un absurdo suicida es que en regímenes opuestos, en los cuales se reconocía el catolicismo como religión oficial del Estado y con Constituciones que consideraban la autoridad, la propiedad, el orden como bases fundamentales de la sociedad, se dejase socavar tales fundamentos por un culto supersticioso a la libertad, aun en sus excesos y en sus desvaríos intelectuales, que pueden ser y son pecado ante Dios y delito y crimen ante una sociedad que quiera defenderse de hecatombes revolucionarias y de la anarquía.

Muy justamente, por tanto, con motivo de la última fiesta del Día del Libro, el señor Ministro de Educación Nacional, rechazada la antigua tesis liberal del culto supersticioso a todo libro, clasificaba los libros en buenos y en malos; y añadía que, por ejemplo, *El Contrato Social*, de ROUSSEAU, y *El Capital*, de Carlos Marx, han producido gran parte del mal que la sociedad padece en la actualidad, y que, en cambio, *LOS EVANGELIOS* son un libro en el que la revelación di-

vina iluminó desde siglos la vida espiritual de la Humanidad.

Libros buenos y libros malos

Esta doctrina de admitir libros buenos y libros malos es la doctrina que siempre ha sostenido la Iglesia, aceptando, sin embargo, la verdad doquiera se halle (Encíclica *Aeterni Patris*), y dejando amplísimo campo para la verdadera investigación científica y ancha libertad para lo que ha dejado Dios a las disputas de los hombres. Esta doctrina de libros buenos y malos debe ser la del todo fiel católico, no leyendo ni reteniendo sin causa y sin la debida licencia los libros condenados por la Iglesia, que no son sólo los nominalmente incluidos en el Índice de los libros prohibidos, sino también todos los que caen bajo las prohibiciones generales establecidas en el Código de Derecho Canónico, como, por ejemplo, los libros que propugnan la herejía o el cisma o impugnan los mismos fundamentos de la Religión; los libros que de propósito combaten la Religión o las buenas costumbres; los que impugnan los dogmas católicos o intentan ridiculizarlos; que defienden errores condenados por la Sede Apostólica; que son contrarios al culto divino; que defienden como lícitos el duelo, el suicidio o el divorcio; que tratan expreso de cosas lascivas u obscenas; las versiones de las Sagradas Escrituras hechas por acatólicos, etc. (Canon 1.399).

El fundamento de la prohibición de leer tales libros es la necesidad de evitar el peligro de perversión. Si para evitar los pecados de la carne es necesario, ante todo, huir de las ocasiones de pecar, lo mismo sucede en los pecados contra la fe; y quien ama el peligro perecerá en él (Ecl. III, 27). Es de esperar, por tanto, que, según el criterio del actual Ministro de Educación Nacional conforme al de la Iglesia, sean expurgadas las bibliotecas, sobre todo las populares y aun escolares y pedagógicas, en las cuales tanta mercancía averiada y venenosa se había introducido en estos últimos años.

El Evangelio y los delitos del entendimiento

Pues que toda esta Instrucción Pastoral ha versado principalmente sobre los pecados y delitos del entendimiento y los falsos ídolos intelectuales, también en esta materia hemos de buscar la luz en el Evangelio. El Evangelio es la manifestación

del Verbo de Dios, que es la Verdad Eterna, que es la Luz increada y que es también la luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene a este mundo (Jo., 1,9). El Verbo de Dios hecho hombre, el Maestro Divino de la Humanidad, hace en su Evangelio el grande elogio de los Doctores, los cuales dice que serán grandes en el Reino de los Cielos: Qui fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in regno coelorum (Math., V, 19); pero tiene por tales sólo a los que hagan y enseñen, no a los que sólo enseñan, y menos aún a los que enseñaron a despreciar cualquiera de los menores mandamientos, porque éstos no serán reconocidos en el Reino de los Cielos (Idem).

Y el Evangelio pone como fundamento de la sabiduría la humildad. Cristo da gracias a su Padre porque esconde las más altas verdades a los que presumen de prudentes y sabios y las revela a los párvulos (Math., XI, 25). La humildad es la verdad, enseñó profundamente nuestra SANTA TERESA, la mujer cuyos escritos han sido y son más leídos y con más provecho. La humildad es la verdad sobre todo en la ciencia humana. ¡Cuán poco sabe el hombre que más sabe! Con el progreso de las ciencias éstas se han ido especializando, y hoy es completamente imposible que un hombre sea maestro consumado en todas las diversas ramas de las ciencias. ¡Harto será si logra serlo en una! Porque el verdaderamente docto y sabio en cualquier ciencia verá que aun en ella es mucho más lo que ignora que lo que sabe. ¡Cuántas leyes de la Naturaleza están todavía por descubrir! ¡En las altas regiones de la metafísica y de la teología, cuántos misterios! Por ello los

grandes Doctores han sido humildes. SANTO TOMAS DE AQUINO, el Doctor Universal, en el prólogo de su «Summa Theologica», monumento arquitectónico de las más altas ciencias humanas, destinado a ser estudiado en todos los siglos, dice que la escribió para los novicios... y no terminó de escribirla porque ante las revelaciones que tuvo en los últimos años de su vida le parecía nada, una paja, cuanto había escrito. ¡Qué contraste con la inmodestia, con la vanidad de escritores ensayistas, cuyos escritos son leídos la breve temporada en que están de moda, o con el orgullo de inventores de sistemas subjetivistas, que no sufren el contraste con la realidad! Por ello la raíz principal de los pecados del entendimiento es el orgullo, que no es dócil al magisterio de la revelación divina, al magisterio de la Iglesia, que a las veces se rebela aun contra todo magisterio humano y prefiere la seductora novedad a la sólida y eterna verdad que permanece eternamente. ¡Et veritas Domini manet in aeternum!

Escribiendo esta Carta Pastoral en la Domínica III después de Pascua, la oración litúrgica de su Misa es la plegaria con que ponemos fin a la misma: «Oh Dios, que manifiestas la luz de tu verdad a los que yerran para que puedan volver al camino de la justicia: otorga a todos los que hacen profesión de cristianos que rechacen todas las cosas contrarias a este nombre y que abracen las que a él son conformes».

Salamanca, 8 de mayo de 1938

ENRIQUE, Obispo de Salamanca

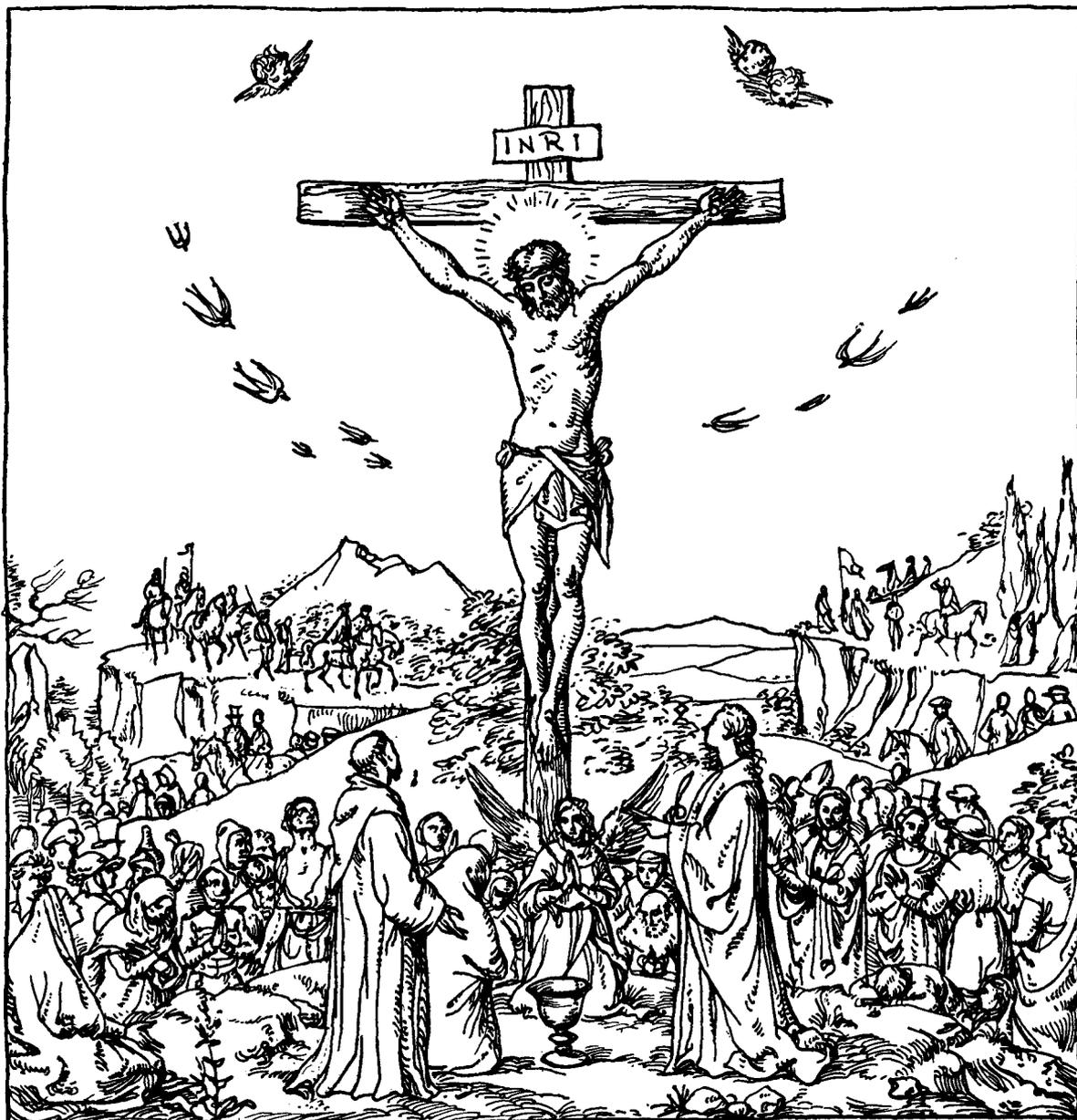
NOTA BIBLIOGRAFICA

«ALAMO BLANCO» *

Es éste el primer libro de su autora Gloria Rentería. Contiene un conjunto de poesías que pretenden, como la autora dice en su prólogo, «...llevar a lo íntimo del hombre un mensaje de esperanza». Creemos realmente que ha conseguido

do su objetivo, tratando alternativamente temas espirituales y temas sencillos, pero siempre con profundidad, amor, sinceridad y buen sentir cristiano.

* Volumen de 106 páginas. Editado en Bilbao por Talleres Gráficos El Noticiero Bilbaíno (Alda. Recalde, 74). Año 1975.



ANTE LA CRUZ

*Delante de la Cruz está clavado,
de tal forma humillado, escarnecido,
al ver cuánto por mí has padecido,
sobrecogido quedo, anonadado.*

*Escuchando el perdón por Ti implorado
para mí, pecador empedernido,
meditando el amor que me has tenido,
aquí vengo, Señor, avergonzado.*

*De hinojos lloraré mi gran desvío,
el llanto de mis ojos con tu gracia
limpiará mi pecado ¡Jesús mío!*

*y metido en la llaga que amor sacia
perdonado por Ti mi extravío,
tranquilo moraré en tal estancia.*

por Gloria Rentería
del libro «Alamo blanco»

31 de enero, SAN JUAN BOSCO

CIEN AÑOS MISIONEROS

El proyecto misionero del Santo Fundador ha cumplido 100 años. Evocando su desarrollo queremos rendir un homenaje de gratitud y admiración a la Divina Providencia que quiso suscitar tan ardiente celo apostólico.

Primera mitad del siglo XIX, Turín. El seminarista y joven sacerdote Juan Bosco es un formidable lector. Su corazón se enardece con los relatos de las hazañas misioneras que aparecen en los «Anales de la Propagación de la Fe». Desde los primeros años de su estancia en el Seminario ha decidido consagrar su vida a las misiones en sentido estricto, entre los infieles, entre pueblos crueles y salvajes, con el riesgo y el secreto deseo del martirio.

Pero don Cafasso, su confesor, le rechaza: «—Vos no debéis ir a las misiones». Don Bosco no se rinde. Su proyecto se realizará. En su lugar mandará a otros: sus jóvenes, sus sacerdotes, sus coadjutores, sus hermanas...

Los acontecimientos le empujan también en la misma dirección. 1870, el Concilio Vaticano I ha hecho reverdecir en toda la Iglesia el ideal misionero. Obispos llegados de todas las partes del mundo para el Concilio, solicitan de Don Bosco ayuda para sus lejanas diócesis. Le incitan, asimismo, las intervenciones del Papa que en 1864 ha aprobado la Congregación Salesiana, en el 72 la de las Hijas de María Auxiliadora y en el 74, de forma definitiva, las Constituciones salesianas. Don Bosco comprende: son invitaciones del Señor a un mayor atrevimiento, a embarcarse en empresas más arduas, más audaces.

Por si no bastase, he aquí la leña para avivar su fuego: aumentan los que, profesando los votos religiosos, se ponen a su completa disposición. El proyecto misionero que D. Bosco no pudo realizar, lo realizarán aquellos a quienes el santo empieza a llamar, con ternura, «sus hijos».

Al servicio de la Iglesia

En la raíz de su proyecto, una idea teológica simple y fundamental: la Iglesia instituida por Jesucristo. Los misioneros no trabajarán para sí

ni para Don Bosco, sino únicamente al servicio de la Iglesia. Don Bosco vive la universalidad de la Iglesia. Vive y sueña. «Se le veía —refieren sus biógrafos— sumergido en el estudio atento de los mapas, buscando tierras que ganar para el Evangelio».

Su fantasía se colorea a veces de imágenes vívidas que le llevan a exclamar: «¡Qué día tan hermoso será aquel en que los misioneros salesianos subiendo por el Congo, de misión en misión, se encontrarán con sus hermanos bajando por el Nilo y se estrecharán la mano alabando al Señor!»

Puesto que trabaja para la Iglesia, Don Bosco quiere ser enviado por la Iglesia, quiere recibir su explícita investidura. Dice así a sus primeros misioneros: «Sois enviados por el Vicario de Cristo, a cumplir la misión de los Apóstoles, como enviados por el mismo Jesucristo».

Para que tengan la sensación concreta de esta investidura los manda a Roma. «Allí os postraréis a los pies de nuestro incomparable bienhechor Pío IX, le pediréis la bendición apostólica, y como Jesús Salvador envió a sus apóstoles a predicar el Santo Evangelio, así El, vicario de Jesucristo, sucesor de San Pedro, os enviará a vosotros».

Una legión de voluntarios

En la realización de sus once expediciones, D. Bosco se encuentra con una sola dificultad para la selección: la abundancia de los candidatos que se ofrecen voluntarios.

Su primer criterio de selección es la plena libertad: «La Congregación, dice a sus jóvenes, no manda a nadie contra su voluntad: solamente deja marchar a los que mucho lo desean».

Y entre éstos elige a los mejores. «Eran los mejores apóstoles de sus oratorios y colegios —ha precisado su tercer sucesor Don Rinaldi—, el pri-

vase de ellos para enviarlos a las misiones fue para él un grave sacrificio ya que tenía poquísimo personal, pero lo hizo serenamente y sin dudar un instante».



Los indios y los emigrantes

El objetivo que, desde el principio, señala a sus misioneros es doble: la conversión de los indios de la Patagonia en Argentina y la asistencia a los emigrantes.

La asistencia a los emigrantes, preferentemente italianos, de la Argentina, apasiona a los primeros misioneros. Las iniciativas surgen y las obras se multiplican: escuelas de todos los niveles y grados e instituciones de todo tipo según la necesidad: observatorios meteorológicos, construcción de caminos y diques, y más tarde creación de emisoras...

Pero Don Bosco no olvida a sus indios de la Patagonia. No quiere que sus salesianos se dejen absorber por otros compromisos. Pocos meses después de su llegada a América, Don Cagliero, uno de sus más emprendedores misioneros que llegara a ser Cardenal, puede leer en una carta de Don Bosco: «En general, recuerda que Dios quie-

re que dirijamos nuestros esfuerzos hacia los indios de la Pampa y la Patagonia».

Don Bosco se impacienta. Algún tiempo después, escribe enérgicamente a otro de sus grandes misioneros, Don Costamagna: «Ni tú ni Don Bosdrato me comprendéis. Debemos ir a La Patagonia, el Santo Padre lo quiere, Dios lo quiere. Muévete, pues. Preséntate al Gobierno argentino. Habla, insiste para que se abra el camino a esta misión.»

Y entre los indios, los niños y los jóvenes. Con amabilidad y mansedumbre. La juventud educada cristianamente, insiste Don Bosco, conduce a la transformación de la sociedad. Este principio será de vital aplicación entre los indios: van a ser los hijos de los salvajes, educados en las obras salesianas, los que conduzcan a la fe y a la civilización a sus padres.

Un animador excepcional

Pero su proyecto misionero hubiera fracasado si no hubiera contado con un excepcional animador, él mismo.

Se ha dicho de Don Bosco que «pensaba a lo grande». Los gestos que realiza han sido expresamente concebidos para suscitar entusiasmo y adhesión incondicional.

Basta pensar en la sugestiva escena que acompaña al anuncio de la actividad misionera. Están presentes el pleno de los muchachos, los salesianos de la Casa Madre, el Cónsul de Argentina y todos los directores de los Colegios de Turín para que puedan referirlo a sus respectivos salesianos y alumnos. La noticia salta a los periódicos. Los misioneros son enviados oficialmente a Roma, al Papa. La plaza ante la Basílica de María Auxiliadora, repleta de gente, se agita y emociona en una solemne y conmovedora despedida a los misioneros.

Llegan luego las cartas. Don Bosco las lee y comenta en público. Un clima de epopeya misionera alienta en las mentes y corazones de sus jóvenes.

Generosidad contagiosa

Ha jugado fuerte. Sus once expediciones representan un riesgo notable para las modestas proporciones de su Congregación. Pero Don Bosco sabe por qué se arriesga. Desde el primer discurso a sus misioneros ha demostrado una lúcida visión de futuro y una entrega ilimitada a la

Providencia: «¿Quién sabe si esta expedición no habrá despertado en el corazón de muchos el deseo de consagrarse a Dios en las misiones uniéndose a nosotros y reforzando nuestras filas?»

Y no se trata sólo de muchachos arrastrados por un fácil entusiasmo, porque, como escribe a Don Cagliero «hay un gran fermento para ir a las misiones: abogados, notarios, párrocos, profesores, piden hacerse salesianos con este propósito».

Don Bosco está tan seguro de la ayuda de la providencia que a los salesianos que le reprochan por desguarnecer las obras de Italia, les suele repetir: «No te preocupes, ten por seguro que por cada misionero el Señor nos enviará dos buenas vocaciones, o más».

Por eso el historiador Don Ceria pudo escribir: «Se vieron entonces multiplicarse las vocaciones al estado eclesiástico, crecieron sensiblemente las peticiones para entrar en la Congregación y un ardor nuevo de apostolado se apoderó de muchos que ya no pertenecían a ella».

«Vos uno debéis ir a las misiones». Dios en su Providencia le había destinado a ser Fundador de dos Congregaciones misioneras. Han transcurrido, desde aquel lejano 1875 de la primera expedición, 100 años misioneros. Cien años y cien caminos abiertos a la generosidad de los nuevos apóstoles...

N. ECHAVE

AL MEDIO SIGLO

1917, EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA

LVI

SE MANIFIESTA LA GRAN SUBVERSION Y SU CONTRASTE LA NUEVA IDEA-FUERZA DE CRISTO REY

La literatura y la actualidad en aquellos años. ¡Como ahora!

Ya no podemos resistir la tentación de acabar —en éste y en nuestro próximo artículo—, transcribiendo, en todos los órdenes del pensamiento y de la vida, fragmentos del libro que tanto hemos celebrado y dado a conocer a nuestros lectores: «LA FAILLITE DE LA PAIX» de Maurice de Baumont. Y QUE PARECE, EN TODO, ESCRITO HOY Y PARA HOY.

«Cual ha sido el balance, en los espíritus, del baño de violencia que ha significado la primera Guerra mundial. En realidad, la guerra no ha hecho sino desarrollar los gérmenes de caos y disolución que existían ya en el substrato. Todo este tremendo remolino, toda esta explosión que vemos, aun cuando significando una cascada alucinante y cósmica, no ha producido, en realidad una verdadera renovación

espiritual; lejos de marcar una huella realmente profunda en la literatura universal, no ha hecho más que acelerar —esto sí, frenéticamente— una evolución ya comenzada, acentuando el gran giro que desde el fin del pasado siglo, quizá ante la inquietud de los grandes conflictos que ya se presentían, arrastraba al pensamiento y a las letras. Una reacción se manifestaba contra «el arte por el arte» y los lejanos simbolismos. El largo reinado del individualismo llameante declinaba, con la difusión de las filosofías colectivistas y la expansión universal del estatismo. (...)

Como consecuencia de la guerra, el nuevo mundo atormentado y descarrilado aparece tan rico en miserables y crudas realidades, que los temas sociales y políticos toman plaza importante en la literatura. Imponen su atención, ante el hecho de las convulsiones civiles y dificultades contra las que debe luchar la vida cotidiana, en una generación que no tiene ya ojos sino para lo inmediato y temporal. (...)

«Influye en todo ello la llamada “crisis del libro”. El cine, sobre todo tras la difusión del film hablado, y la radio, disminuyen el apetito de leer (¿qué se diría hoy, con la “tele”?)» El éxito enorme de los grandes rotativos (incluyendo los semanales) de gigantesco tiraje, hacen la competencia al libro (...)

«Huyendo de los caprichos de la imaginación, se sienten “movilizados” por lo “patético” del diario cotidiano, único inspirador suyo Ya Jules Romains, en 1925, se lamentaba:

Les peuples ont cessé d’entendre le poète:
D’autres jeux les ont pris, de plus mornes amours.

Son ya raros los literatos que se encierran en su torre de marfil. Jamás se habían hallado frente a tantos problemas tocando la condición humana. No resisten a una llamada angustiosa: no les queda otro recurso que el de tomar partido.

Las presiones a las que se hallan sometidos, les conducen a consagrar «ensayos políticos» al presente y porvenir de la sociedad. En Francia encuentran un ingenioso maestro en André Maurois; en España, célebres escritores como Miguel de Unamuno, Ortega y Gasset y Eugenio d’Ors; el fino y sensible Stefan Zweig es un Maurois austriaco; Tomás Mann escribe sobre la “república alemana”; su hermano, Enrique Mann se especializa en este género, libre de tradiciones... Todo escritor acaba siendo periodista.»

«La Historia está a la moda, y su gusto se extiende. Empero, como sea que el público se halla desprovisto de sentido histórico, le pide a la historia sea lo suficientemente divertida como para distraerle de sus preocupaciones cotidianas: de aquí que la «historia anovelada» hace todo lo posible para hacerse atractiva mediante todo género de fantasías. Al mismo tiempo... El siglo XIX había sido el siglo de la Historia; el XX continúa su esfuerzo anterior intentando dar a comprender la evolución de la Humanidad, y jamás se ha visto tal floración de obras de síntesis... Las búsquedas de los arqueólogos enriquecen el conocimiento del pasado, y sus excavaciones dan a conocer las ciudades muertas de Asia, de Siria, de Afganistán. Misiones etnográficas, surcando el mundo, amplían considerablemente el conocimiento del arte universal, en provecho de la prehistoria. (...)

«El gusto a lo exótico ha revelado la poesía de los viajes confortables. La pasión nómada pone en actualidad las aventuras a lo Pierre Benoit, los croquis de los hermanos Tharaud (...), la epopeya de T. E. Lawrence a través del desierto. Analista amargo y brutal, Somerset Maugham, que ha sentido, como Stevenson “la llamada de Tahití”, evoca escalofríos misteriosos dentro los lejanos dramas que suscita el conflicto de las razas. Al día siguiente de la

tormenta mundial, los continentes entran en contacto. Los pensadores europeos se interesan por los temas filosóficos o metafísicos de Oriente. Durante algunos años, parece como si las fuerzas espirituales de Europa flaqueasen: no tan sólo América instruye un universo atento a las máquinas de Ford, sino que así en el Antiguo como en el Nuevo Mundo, «mensajeros de Asia» exhortan hacia el pensamiento budista y exaltan la renuncia que rechaza todo más allá a la razón de la existencia. La escuela de Darmstadt, fundada por el Conde Hermann de Keyserling, erudito hombre de los cinco continentes, gran enciclopedista, liberando del materialismo la civilización occidental, intentará restablecer el “lazo roto entre el mundo y el alma”, y por la unión del Occidente y del Oriente de fantasía, más allá de razas y tiempos, probará de hacer florecer una nueva cultura planetaria. Rabindranath Tagore, poeta de la India, filósofo, músico, peregrina de capital en capital, en tanto que el profeta Gandhi levanta en todas partes una curiosidad apasionada. Europa ve amenazadas las mismas bases de su cultura. En una Alemania cuyo infortunio parece ser uno de los signos precursores de tal catástrofe, el libro de Oswald Spengler «La Decadencia de Occidente», de un Occidente que ha perdido su vitalidad, *da, después de 1917*, la alarma a un mundo incoherente y desmoralizado que parece oír ya el galopar de las avanzadas de nuevos Gengis-Khan.» (...)

La evasión fuera de lo real y de lo racional

(...)

Las investigaciones de una nueva psicología, medical con Freud, realista con Proust, expresionista con Joyce, han agudizado la curiosidad e influido profundamente sobre los espíritus. En tanto que un médico de Zurich, Carl Gustav Jung reconoce y explora el nuevo mundo de un inconsciente colectivo, la erudición de un médico judío de Viena, Sigmund Freud, establece el poder del instinto sexual, explica, por su represión la mayor parte de las neurosis y suprime una parte de lo maravilloso estudiando las taras, semi-espirituales, semi-carnales, que acompañan en el inconsciente la unión del cuerpo y del espíritu. Sus teorías del «psicoanálisis» sumergiéndose en las sombras profundidades de regiones desconocidas, expresando el papel del subconsciente en el hombre, la inestabilidad del alma en sus pliegues escondidos, la desagregación de la personalidad, causan sensación después de la guerra, en el momento en que una imperiosa necesidad de liberación que trabajaba las almas, rompía las convenciones sociales y morales. Muy pronto (¡uno creería que esto está escrito en 1975!!!!), echando atrás las púdicas reticencias y los reparos convencionales para explorar con complaciente crueldad las realidades ofensibles de la vida,

los detalles psicológicos, las turbias potencias del ser secreto, una enorme literatura prolifera con la mórbida descripción de las anomalías y torpezas de las costumbres... Pálidas y morbidas confesiones surgen, a la búsqueda de crisis y de angustias.»

«Uniendo la claridad a una extrema complicación al uso de los badoques, Marcel Proust ha pintado, desde 1905, una sociedad en descomposición, en vigili-
lias de la catástrofe. Eterno enfermo, este observador hipersensible utilizaba su forzado enclaustramiento de enfermo, para “verse sentir o pensar o hablar”. Minuciosa introspección. En 1922, muere en el momento en que alcanza una gloria como de relámpago. Este esfuerzo agudo del análisis psicológico se hace general: se halla notablemente en los patéticos libros de Georges Bernanos, en el sombrío orgullo de Henri de Montherland, solitario, áspero y violento, y, en fin, en autores tan distintos como Gide y Mauriac. Protestante e inconformista “herético entre los heréticos”, André Gide quiere obrar “según la más grande sinceridad”, y, en el juego de ideas de este “anti-Barrès” que rechaza los lazos sociales, una conciencia inexorablemente rigurosa le lleva a un inmoralismo anticristiano. Un nostálgico horror hacia la carne pecadora enturbia el fervor pasionado de François Mauriac, pintor de los “corazones inquietos”, “piadoso novelista” cuyo temperamento ardiente de poeta “hace sensible, según dice, el universo católico del mal”.

Herederó lejano del romanticismo alemán y del simbolismo, el surrealismo se esfuerza en revelar los tesoros de la vía inconsciente...»

Caos literario

En él caímos, y en él seguimos desde 1920 y su decena. Iríamos traduciendo y siguiendo, de tener espacio, la obra de Baumont. Toda ella nos pinta cómo la triste literatura de la primera Post-Guerra y de los «felices veinte» se entroniza, ya irreversible, y marca toda una cadena que, desde entonces, no ha hecho sino seguir un proceso inexorable. Polvos y lodos.

Con Baumont lo veríamos a través de tantos nombres, tantas tendencias, tantas «escuelas»: allí nos comenta autores tan distintos, tendencias tan dispares como Virginia Woolf, David Herbert Lawrence (y su sexualismo), James Joyce, Aldous Huxley, Eugenio O'Neill, Wassermann, Gómez de la Serna (con su realismo a ultranza), y, en fin, Pirandello «estableciendo la identidad de lo contradictorio, desplazando las fronteras del yo y del no-yo de la razón y de la locura». Su humor «obtiene en la escena los más extraordinarios efectos: una duda trágica quebrantando los más sólidos principios».

Caos, en fin. Podríamos hacer desfilar, y comentar ante el lector, tantos nombres, sonoros y dispa-

res... en «pêle-mêle», y entre los que no hemos aún citado, lo haríamos con Paul Valery, Bernard Shaw, Herbert Wells y su «apostolado social», John Galsworthy, Kathleen Mansfield con su sensible dulzura, Stella Benson, Clemence Dane frenética, James Joyce, Somerset Maugham. Waldo Frank «la nueva descubierta de América», Ernst Hemingway, Faulkner. Aun llegaríamos a las postrimerías de Gorki, citaríamos a Pasternak, Cholókhov y Essenine...

Caos, erupción de caracteres cósmicos, es todo un volcán inmenso de luces, sombras y confusión.

La Prensa

«Sirviendo para una información apresurada al gran público, que solicita la enormidad de títulos sensacionales y profusión de imágenes, la prensa se ha convertido decididamente en una industria “a la americana” y el periodismo de ideas desaparece. La prensa se halla, doquier, sometida a grandes “trusts”; gigantesca máquina que controla, para intereses privados, un puñado de individuos, se aplica a fabricar en serie una opinión “madura” para la standardización intelectual. Sin embargo, actualmente su influencia disminuye, a los progresos de la radio y de la “tele”.

Pese sin embargo a esta maléfica influencia, en algunas partes... “es un hecho que el público sabe en algunos casos resistir a este «cuarto poder»”. No siempre, diremos nosotros, por desgracia.

»El gusto del diario jamás ha estado tan difundido. América es el país donde más se imprime: doce a quince mil por año, de los cuales muchos rotativos de más de treinta páginas, prestos a tantear la opinión. Quizá, sin embargo, pueda adivinarse que, en el periodismo, como en los negocios, declina, en algunas partes, la “era de los gigantes”, aun cuando en los EE.UU. —hablamos siempre de la década de los años veinte— Hearts posee una treintena de publicaciones. Pero grandes trusts se forman en la prensa británica, con lord Rothermere, herederó de lord Northcliffe con lord Beaverbrook y los hermanos Berry.»

Hasta aquí Baumont, repetimos. Hemos visto, a través suyo, consecuencias siempre del «vértice de la Historia» que fue el 1917, este «diorama» de la literatura y de la prensa durante el período «Entredosguerras» sustancialmente el mismo, su iniciador, del de la literatura y prensa de ahora, ya tan avanzados los años 70.

El círculo vicioso de la Prensa

Por lo que a la Prensa concierne, añadiremos nosotros, en la pendiente para acá desde 1917, o sea ya en los años veinte, y desde entonces, su papel es muy distinto del de antes, y cada vez lo es más.

Va desapareciendo la época, típica del fin de siglo, en la que un artículo periodístico hacía tambalear gobiernos y provocaba crisis. Ya no se darán casos como el del famoso artículo de Zola «J'accuse!», que puedan dar origen al más ruidoso proceso de la edad contemporánea cual fue el «Affaire Dreyfus». Pero no por esto la fuerza de la prensa es menor, sino que es diferente.

Lo que ocurre, ahora más que nunca, y ya hace cincuenta años, como bien acusa Baumont, que la prensa va quedando en pocas manos, en poder de unos pocos trusts. Estos rotativos absorben casi toda la publicidad, por un hecho económico que es tan inexorable como la ley de la gravedad: el del círculo vicioso. El público lee estos periódicos porque llevan cantidad inimaginable de anuncios; y llevan estas cantidades inverosímiles de anuncios porque los anunciantes quieren lectores. Todo nuevo periódico (y aun los demás, ya existentes, de difícil subsistencia) que se instaure, como no tendrá aún lectores, no podrá ni iniciar la adquisición de anuncios (que se los llevan los periódicos principales); y, si no dispone de anuncios, no tendrá medios para llegar a ofrecer ni un mediano volumen de información.

Estos enormes y pujantísimos periódicos —no es éste el lugar de criticarlos ni alabarlos, sino de consignar el hecho fatal que les da tanta trascendencia en la entera vida social— tienen, obran sobre el pensamiento y orientación de la sociedad a su vez, según otro círculo vicioso.

Atentos a asegurarse su extraordinaria clientela publicitaria, buscan el eclecticismo y la oportunidad política, cuidando de no comprometerse. Y, forzosamente, no van nunca más allá de lo que creen deber seguir: la opinión que estiman es la dominante. En realidad, no la conducen. Arrastrados por ella (a veces, incluso, por un, al principio, fantasma, a quien hacen el juego), sin embargo, su enormísimo poder de difusión, hace que, queriéndolo o no, sean siempre el auxiliar más tremendo y decisivo a favor de la moda política del momento. Y le prestan también, queriéndolo o no (incluso a veces, sin darse cuenta, en favor de la subversión), la también enor-

me colaboración de su difusión. Y he aquí el nuevo círculo vicioso. Si estiman que, en el momento de cada día, la opinión va hacia la derecha o hacia la izquierda, se apresuran a ir a la derecha o a la izquierda, y con ello dan renovadísima fuerza a la opinión que parece iniciarse como vencedora. Prestan un tremendo servicio a lo que creen (a veces con error, pues, a menudo, estos grandes rotativos adolecen de una dirección y redacción harto mediocres) el sentir mayoritario, y, por esto mismo (no nos metemos en la rectitud o no de su intención) lo hacen más mayoritario aún.

Por tanto, toda idea (cuántas veces sanas!) que surja en la oposición a la corriente mayor, no posee ningún medio de difusión, ya que precisamente, siempre, los grandes periódicos se hallan necesariamente dentro de dicha corriente mayor. Es la muerte de las legítimas minorías.

Se hace así cada vez más difícil, dada esta gran prensa de hoy, toda nueva y verdaderamente original iniciativa. Tal como está, es el fin del espontáneo y fructífero individualismo y libre iniciativa, base de nuestra conciencia occidental. Hoy todo son «slogans», repetición y gregarismo.

Por ello se explica que hoy, con urbes de tantos millones de habitantes —y este hecho es visibilísimo en un Londres, en un París— el número de periódicos es muchísimo menor que antaño. Y como originan —siempre el mismo círculo vicioso!— la falta de opiniones personales y dignas: estamos, como hemos dicho, en la era del gregarismo.

Así ya se produjo todo esto en los años veinte: y lo tenemos, hoy aun más acusado. Y es que desde 1917 estamos pendiente abajo, irreversiblemente: nihil novum sub sole!»

Y es precisamente contra esto, y contra tales cosas, que Pío XI levantó la bandera de auténtica defensa: de esto que hoy se cacarea como verdadera «cúralo-todo» vanamente, porque se define a menudo falsamente: la dignidad de la persona humana. Slogan demasiado repetido por nuestra sociedad laica, que lo pregona tanto, porque no cree en él, precisamente.

LUIS CREUS VIDAL

¿QUE PASA EN VIETNAM?

¿Qué pasa en Vietnam desde que se han apoderado de él los comunistas? ¿Y en Laos? La radio, la televisión tan prolijas mientras el avance comunista era contenido de pronto se han vuelto mudas. Por mi parte he podido reunirme con algunos de los que recientemente han dejado Saigón.

—¿Esperaban un avance tan rápido de las tropas comunistas?

—No lo creían ni ellos mismos. Han bajado como una cascada, y los acontecimientos han precedido a sus planes. Han tenido que hacer en un mes lo que tenían previsto hacer en un año...

—Pero, ¿tenían allí sus agentes?

—El olfato de la policía no ha sido famoso. Bonzerías instaladas en las encrucijadas de los caminos, eran lugares de reunión de los comunistas. Los Bonzos no eran más que comunistas con el cráneo afeitado que han recibido a los agresores con los brazos abiertos. Sedicentes sacerdotes (de los que no se puede saber con certeza si han sido ordenados) se han desenmascarado de un día al otro... Sí, dentro tenían muchos agentes.

—Y esta derrota súbita, ¿cómo explicarla?

—No se puede juzgar a un país por sobre una derrota súbita. Se han batido durante treinta años. Después de la salida de los americanos, los salarios no han sido pagados. Los combatientes no habían visto una sola moneda desde hacía tres meses. Por otra parte, los

refugiados obstruyendo los caminos hacían imposible la defensa.

—¿Cuál ha sido la actitud de los comunistas respecto a los combatientes?

—Todos los que eran militares o funcionarios bajo el régimen del Presidente Thieu están en campos de concentración. Habían un millón de hombres bajo las banderas en el momento de la catástrofe. Y quinientos mil funcionarios constituían el esqueleto administrativo del país. Todos son internados o encarcelados.

—¿Dónde?

—Principalmente en campos de reeducación de los que sale o comunista o muerto. Los que capitulan escriben en los periódicos: «Gracias a la revolución he sido liberado de muchos complejos. Antes vivía en el temor. Ahora gozo de gran libertad interior. Nuestra vida es muy sana. Nos levantamos a las cinco de la mañana y nos acostamos a las diez de la noche. La comida es excelente...» En cuanto a los que no se dejan reeducar, basta dejándolos sin cuidado. Los mosquitos que transmiten el paludismo, reemplazan a las cámaras de gas.

—Pero, ¿se puede visitar a los internados?

—Algunos pueden recibir visitas: los que han sido ya «amasados», y llegado a ser bastante blancos que puedan ir en el sentido de los gobernantes: pueden ver a su mujer y a sus hijos. Pero si son todavía «reaccionarios», después de la primera visita se les añade un mes de prisión. A la tercera vez ella

ya no vuelve... Si uno escribe, todo se lee. Los reclusos acaban por no decir nada con lo que la ruptura es total.

Se puede decir que son campos de muerte. Si no ceden mueren de paludismo o de desespero. Otros se dejan debilitar. Y hay que mueren porque el trabajo impuesto es superior a sus fuerzas.

—Pero, ¿el resto de la población también es adoctrinada?

—Cuando los comunistas llegaron a Saigón vaciaron todas las librerías, quemaron: libros, religiosos o no... E inmediatamente los reemplazaron por grandes stocks de sus revistas y sus libros muy bien impresos sobre el marxismo y la liberación (en francés, en inglés y en vietnamita). Luego no solamente en las librerías en todas las casas su primer cuidado es apoderarse de todas las bibliotecas. Hacen la revolución cultural sin que nadie les diga nada.

—¿Es posible resistirse?

—Se pueden adoptar dos posiciones para resistir a los comunistas: no hablar más que de sí, únicamente de sí, sin jamás hablar de los amigos ni de la casa. En seguida es preciso decir todo aquello que los comunistas pueden saber y decirlo completamente, pues volverán a interrogaros diez o veinte veces. Cuanto más digáis al principio mejor será. Si se dice un poco al principio, y un poco después os coaccionan... Pero si decís lo máximo de lo que os acordáis y después cuando os interrogan, disminuís, disminuís hasta irritarlos, llega un mo-

mento en que ya no pueden más.

—¿Cuál es el cambio más visible?

—Se ha suprimido el domingo. El mes es repartido en tres tiempos de diez días, normalmente, al fin del décimo día, se tiene según dicen, un día de paro. Pero este día es de endoctrinamiento político. El día veinte, día de paro... Es de auto crítica. El día treinta se deja pasear por la población...

—¿Sobre qué trata la propaganda?

—Sobre las palabras. Los comunistas se han apoderado del vocabulario. Esta es su primera victoria. Son los amos de la paz, de la democracia, de la independencia. Solamente la paz es su victoria. La democracia es su gobierno. La independencia es la alianza de los Soviéticos que les han proporcionado las armas de la conquista.

—¿Buscan endoctrinar la población?

—Esto es verdaderamente diabólico. A partir de las cinco de la mañana hasta la hora del trabajo, desde todos los rincones de la población se oyen altavoces muy potentes. Es la radio de Hanoi: las nuevas de todo lo que ha pasado en el país, las leyes, las reglas, los precios. Al medio día esto vuelve de nuevo, y por la noche todavía desde las ocho hasta las veinte horas. No hay ninguna casa que se libre. No se puede uno escapar; sería preciso encerrarse en un fuerte para no oír. El altavoz penetra en la piel. Con todo lo que se oye, al principio, uno lucha interiormente, pero suavemente ello se impone. Se tiende a la destrucción sistemática de la familia: este es el fin esencial.

Se quiere esto por encima de todo. Uno queda totalmente embrutecido por esta propaganda y se arrincona de modo que no se tiene ni el valor de hablar. Es la muerte lenta de la familia. Buscan atacar a la mujer directamente: es el alma de la familia. Primero se ataca a las jóvenes: se las toma desde que salen de la escuela para endoctrinarlas, hacerlas formar en política. Se les da un colt y ellas forman...

—¿Y la religión?

—Para el comunismo no hay resistencia abierta y organizada más grande que el catolicismo. En Saigón se han suprimido todos los periódicos. El único que hay se titula: SAIGON LIBERADO y para los cristianos: LOS CATOLICOS Y EL PUEBLO, un vasto estercolero... Para las misas, aparentemente, hay libertad. Pero si los comunistas invitan a los sacerdotes a hacer una semana de reeducación, los cristianos ya no les ven más.

—¿Hay una organización de encuadramiento de la población civil?

—Se hace acudir a los vietnamitas a escuchar la radio por barrios, y en los barrios por grupos. Todo está previsto por anticipado. Una persona es designada jefe del grupo y debe decirlo todo sobre cada uno de los otros. Esto dura una semana. Centraliza las noticias de todos: nadie puede escapar a este encuadramiento. Vienen después los cuadros políticos, muy suavemente se integran en los grupos sin advertirlo. Se interroga a cada uno en particular diciéndole: Dilo todo y te liberarás de tus complejos. Tienes todavía una mentalidad antiguo régimen, es pre-

ciso cambiarlo todo. Se te ayudará. La gente no se asusta demasiado. A la semana siguiente se les hace hacer su curriculum vitae. Se les rechaza todo y se les hace empezar de nuevo explicando más. Entonces empiezan a temblar. Es preciso remontarse hasta los abuelos: «¿eran éstos del gobierno?, ¿conocíais a sacerdotes? Contadlo todo». Si se equivocan diciendo una cosa falsa se les denuncia. Esto se hace intolerable. No pueden dormir, se ponen enfermos. Se les muele el cerebro con los altavoces y se desmoraliza así al pueblo vietnamita hasta el fondo: no hay ni una casa que pueda escapar. En las familias se les obliga a denunciar al padre y a la madre, y en la escuela se les enseña como es preciso hacer para vigilar a los otros.

—¿Y el porvenir?

—Por parte de los hombres no hay ninguna esperanza: NADA. Pero por parte de Dios mucho. Actualmente se realiza lo que fue dicho por Isaías: Llegamos al final de los tiempos. Los tiempos de gracia llegan después de una gran prueba. Es preciso primero purificarlo todo. No pongamos la esperanza del lado de la Bestia: es ella la que manda actualmente... y esto puede llegar también al Occidente. Ante todo, es preciso aquí, particularmente en Francia, encontrar de nuevo el espíritu de pobreza. El bienestar material nos ha entumecido. La sed de placeres ha adormecido a muchos... Si es preciso volver a la plegaria, a la oración, al espíritu de pobreza, de sencillez.

Sin tardanza. MARCELO CLEMEN
de l'«Homme Nouveau»

7 diciembre 1975

POCO ACADÉMICO

Poco académicos nos han parecido algunos paneles de la Exposición Centenario de Ildefonso Cerdá, celebrada en la Universidad de Barcelona en la primera Década de marzo de 1976.

No tenemos nada contra su memoria. De hecho, nos legó lo que tantas veces (sobre todo en épocas en que se valoraba la estética arquitectónica y no privaba la eterna, cansina, actual moda funcionalista) hemos oído criticar: Barcelona (Ensanche) «Ciudad cuadrícula» de una monotonía desesperante. Barcelona, la ciudad *amonumental* por excelencia, triste entre las mayores y más populosas grandes urbes de Europa.

Era, en cambio, ilustre urbanista, maestro adelantado en esta materia: la casa cómoda, la habitación higiénica. Es cierto que la avaricia fue causa de que no se adaptasen estructuras que, dentro de aquella antes citada monotonía, habrían alegrado y humanizado nuestras geométricas calles. Y, aparte de esto, hay que reconocerle algo genial, y remarcado por todos: el «achaflanamiento» de las «manzanas» (pasando de cuadrados a octógenos) que representa una visión del porvenir (cuando no existían automóviles, y muy escasa circulación rodada) realmente admirable.

* * *

Sentado esto, tendríamos toda clase de elogios para esta exposición tan documentada, de no existir en ella, y, precisamente expuestos en la entrada, algunos paneles que quieren referirse a su vida particular —no a la profesional— que nos han aparecido harto azarosos.

En primer lugar, los que resumen la historia de la Escuela de Ingenieros de Caminos, y le atribuyen centro de carácter liberal y progresista. ¡Pero, que sepamos, una Escuela no es más que esto: una Escuela! Por naturaleza, no es otra cosa que un centro de alta cultura y enseñanza técnica superior. ¿Qué tiene que ver con la política, y, por ejemplo, con la figura de Fernando VII, expuesto como enemigo del progreso? Y conste que no sentimos la menor veneración hacia el que fue el rey de más triste memoria, quizá de toda nuestra Historia.

Luego, otros paneles recuerdan sus cargos públicos, correspondiendo a situaciones en que dominaban (coincidentes) las ideas políticas de Cerdá. Aun esto pudiera tener alguna relación con el urbanista público, pero, lo más notable de todo, es el panel que lo dignifica como comandante de zapadores de la Milicia liberal Nacional.

Seguimos perplejos, sin atinar a ver relación entre una cosa y otra. Y conste que no es porque (no lo ocultamos) no comulguemos con sus ideas liberales. Si nos dijeran que Cerdá había sido, por ejemplo, Sacristán Mayor de la Cofradía de las hermanas Darderas, también nos preguntaríamos a que viene su historia privada. Lo que cuenta es su obra.

Es lamentable la impresión que dejan este tipo de paneles tan acres, en tiempos en que, precisamente, tanto se condena la acritud. Por lo menos, en la forma e impresión que dejan. Citemos los que señalaban las condiciones infrahumanas de la habitación de aquellos tiempos. ¡Es una gran verdad! Pero —aparte de que también era debido al retraso general, para ricos y pobres, del «standard» de vida—, no era Barcelona sola la que tenía tan tristes privilegios. Pues, ¿y los horribles «slums» del Londres de la progresiva Inglaterra, tan crudamente descritos por Dickens por ejemplo?

¿Qué significa, y a qué viene? Otro panel señalaba el primer encuentro de Cerdá, con la Barcelona ochocentista: «1834 Cólera Morbo - 1835 Cólera popular», sobre un fondo lúgubre de una Barcelona bajo los humos de los conventos incendiados en aquel tiempo. Creemos que aquella «Cólera», tan injustificada como hija de la conjura y de la calumnia, iniciada tras (su primer pretexto) una mala corrida en el «Toril», según una vieja canción que ya teníamos felizmente olvidada («...«els toros varen ser dolents —i això fou la causa— de cremar els convents»), con centenares de religiosos asesinados sin motivo, merecía mejor no se oyese nunca más hablar de ella, que ser recordada.

Poco académico.

L. C. V.